

# Criminalología Moderna

AÑO II.

BUENOS AIRES, ABRIL DE 1899.

NÚM. 6

## COLABORACIONES EXTERIORES

(Especiales y exclusivas para *Criminalología Moderna*)

DE GUILLERMO FERRERO (TURÍN)

### Atavismo y Delito

#### I

Una de las ideas que ha dado lugar á las más vivas discusiones en la escuela italiana de criminalología, es la del atavismo dei delito. Lombroso ha afirmado que las acciones que nosotros llamamos delitos, y especialmente los crímenes más graves, como el homicidio y el robo, son acciones normales y regulares entre los pueblos salvajes, que no las consideran, en manera alguna, como reprobables ó dignas de castigo. Por consiguiente, el delito sería, en la civilización, la resurrección atavística de un estado de cosas que es normal en los períodos primitivos y bárbaros de la historia humana.

Esta teoría fué observada por muchos con una objeción de peso, esto es: que no faltan pueblos salvajes desprovistos de todo principio de civilización, entre los cuales los delitos, y especialmente el robo y el homicidio, son rarísimos; que los delitos son numerosos más bien entre los pueblos bárbaros que empiezan á tener un principio de civilización, y no en los pueblos enteramente salvajes, de donde se deduce que el delito debiera considerarse como un primer fruto venenoso del árbol de la civilización, antes que como la vegetación normal y espontánea, de lo que Rousseau habría llamado «el estado de naturaleza».

El que conoce á fondo los documentos que poseemos sobre los pueblos y las razas salvajes, encontrará que esta segunda afirmación se acerca más á la verdad que la de Lombroso. Parecería, pues, que la teoría del atavismo del delito fuese errónea y debiera rechazarse. Yo creo, sinem-

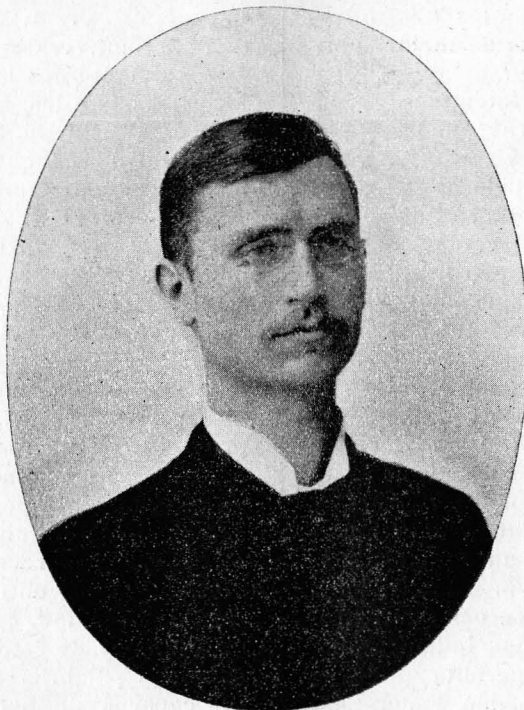
bargo, que la teoría del atavismo es capaz de explicar perfectamente la esencia del delito en la civilización, siempre que el concepto de atavismo se transporte del delito al delincuente, de la acción que se llama delito á ciertos caracteres morales que se encuentran en el mayor número de los delinquentes y se cuentan entre las principales determinantes del delito. En los culpables de delitos más graves se encuentran algunos caracteres morales que parecen

ser propios de la psicología del salvaje y del bárbaro, y que hacen de él un sér que reproduce, por atavismo, caracteres desaparecidos ya, por evolución, del espíritu de los hombres civilizados. Estos caracteres atávicos del criminal son, en mi sentir, la incapacidad para el trabajo y la impulsividad.

Los pueblos salvajes, ya sean de buena ó mala índole, son todos impulsivos y ociosos á la vez, esto es: no saben resistir los estímulos de las sensaciones y de los sentimientos, y se determinan pronto á la acción; repugnantes toda actividad muscular é intelectual, continua, metódica y regular. Se diría que esa anulación de la conciencia, ese nirvana que, según Schopenhauer, es el ideal de la vida para el sabio, lo es también para los salvajes que lo buscan en la inercia

de los músculos y del espíritu, viviendo habitualmente en una especie de letargo continuado, del que sin embargo se despiertan de tiempo en tiempo bajo la influencia del más leve estímulo, presas de accesos tremendos de furor ó por una irresistible necesidad de exaltaciones violentas. Entonces cometen excesos y violencias de todo género ó se entregan á danzas tumultuosas y desenfrenadas, á ejercicios corporales violentos, á cantos inmorales, á orgías, para volver luego á caer en el acostumbrado letargo.

Según un viejo misionero, el padre Venegas,



Guillermo Ferrero

los caracteres de los indígenas de California eran: la «estupidez y la insensibilidad, la inconstancia, la impetuosidad, la ceguez de los deseos: una extrema pereza que los hacía odiar todo trabajo.» Entre las poblaciones indígenas de América, los Dacotah han sido descritos como habitualmente tranquilos é impasibles, pero sujetos á espantosos accesos de furor; los indios Serpientes, como criaturas que se irritaban ó regocijaban por motivos pueriles. De un pueblo de América del Sur, los Tupis, se cuenta que si llegaban á tropezar con el pie contra una piedra, su cólera los llevaba hasta morderla como perros.

Hablando en general de los indígenas de ambas Américas, un antiguo observador, De Lacondamine, les dice: «enemigos de todo trabajo, sin inquietudes para el porvenir, incapaces de previsión y reflexión; prontos á abandonarse á goces pueriles, que manifiestan con risas y saltos desenfrenados; pasan la vida sin pensar; se envejecen sin salir de la infancia, de que conservan todos los defectos.»

De los Australianos afirma Howit que los sentimientos son intensos pero fugacísimos; nacen y se extinguen en un instante. Al mismo tiempo nos cuenta Peron su indolencia: «Se les ve *defricher* las tierras; se les ofrece instrumentos y semillas, pero ni el ejemplo ni la esperanza de mejor suerte los seducen al trabajo.»

En Africa encontramos los Hotentotes, de un atolondramiento y una ligereza proverbiales, y tan poco trabajadores que casi todos viven de la mendicidad y están reducidos á un estado de extrema debilidad muscular. Baines observó que se necesitaban cuatro hotentotes para levantar un saco de harina, que un marinero europeo llevaba por sí solo. Hasta las poblaciones negras del Africa, observadas en sus países nativos, antes de que pasaran por la prueba de la esclavitud, se mostraban esencialmente holgazanas é impulsivas. «El negro, decía Winwood Reade, pasa sus días en la indolencia»; y, según Pruner Bey, el carácter más importante del negro es «la facilidad con que pasa de uno á otro extremo; la súbita violencia y la brevedad de sus cóleras.» Raftel dice igualmente de los Cafres que tienen un carácter muy violento y holgazán; no se adaptan á los trabajos regulares bajo el europeo, sino en caso de extrema necesidad, y sólo por el tiempo indispensable para ganarse la suma que les hace falta.

Idénticas consideraciones pueden hacerse de los pueblos que se civilizaron más tarde, cuando aun eran bárbaros. La raza germánica goza hoy de una fama universal de gran sangre fría y de tenaz laboriosidad; y, sin embargo, hace dieciocho siglos, Tácito la describe como extremadamente impulsiva y colérica; ávida de prolongados ocios y holgazana.

«A menudo castigan y encadenan á los esclavos, escribe Tácito—Cap. XXI. Más á menudo los hieren, no por meditada severidad de corrección, sino por ímpetu de cólera, como enemigos.» Y en otro pasaje—Cap. XV: «Cuando no tienen guerras no hacen nada: duermen y comen. Los más fuertes y guerreros permanecen en el ocio: dejan á las mujeres, á los viejos, á los débiles el cuidado

de la casa y de los campos, abotagándose en la inercia.»

De ahí que las danzas desenfrenadas y violentas, los juegos de azar, sean tan preferidos por los pueblos salvajes y bárbaros. La inercia habitual en que viven continuamente se deja sustituir, de tiempo en tiempo, por una inquietud, por una necesidad de exaltación y de agitación que se desahoga con movimientos frenéticos ó con las ansiedades del juego.

## II

Ahora bien: estos caracteres se aumentan en los delincentes culpables de los delitos más graves, especialmente en aquellos que Lombroso ha llamado delincentes natos. Estos son, sobre todo, haraganes é impulsivos como los salvajes. Lombroso ha estudiado un gran número de asesinos y de ladrones cuya gran perversidad los hacía clasificar entre los delincentes natos; y ha encontrado que la mayor parte de ellos era de hombres lunáticos, de una extraordinaria irritabilidad que por la más leve causa se transformaba en actos impulsivos; que eran hombres de humor caprichosísimo, irritados consigo mismos y con los demás, ora alegres, ora tristes sin razón y prontos á pasar, sin motivo, de uno á otro estado. Muchos—especialmente los ladrones—le confesaron que la idea del hurto les surgía casi siempre de improviso en el espíritu, á la vista de cualquier objeto y con tal fuerza, que se sentían como obligados á traducir inmediatamente en acción su pensamiento.

Esquirol, el célebre psiquiatra francés, había notado ya desde principios del siglo en muchos homicidas «un carácter taciturno, melancólico, variable é impetuoso. Vidocq, el célebre jefe de la policía francesa, nota en los ladrones una extraordinaria ligereza de espíritu que los hace decir todo lo que piensan, y no pueden muchas veces abstenerse de revelar los delitos cometidos ó los proyectos meditados.

Unida á la impulsividad se encuentra á la vez en el criminal la pereza, que constituye quizá su carácter más profundo. Sichard, en algunas estadísticas hechas recientemente en Alemania, sobre 3181 presos, encontró estos caracteres en proporción de la mitad, es decir: que 1387 tenían horror al trabajo, y de éstos, 962 eran ladrones. Esto confirma las palabras de Vidocq: «Los ladrones no son capaces de hacer nada que exija energía ó asiduidad; no pueden ni saben hacer más que robar. En América las investigaciones de Wines demostraron que sobre 6958 homicidas condenados en 1890, 5175 no tenían profesión ni oficio; y Wright ha calculado que en Massachussets, sobre 4340 condenados por varios delitos, 2991 no tenían profesión; y que la proporción de los sin trabajo era de 88 % en los condenados de Pensilvania. El *General Superintendent*, del Reformatorio de Elmira, Z. R. Brockway, afirma que entre sus pensionistas hay un 34 %, en los cuales ninguna sujeción moral consigue activar la laboriosidad, ni menos aun la atención.» Para éstos Brockway llega hasta patrocinar el uso del látigo y de los castigos corporales en general, infligidos con método

y discernimiento, pero con rigor, como medida extrema para vencer los escrúpulos indomables de espíritus indóciles á toda persuasión moral.

¿No viene así Brockway á afirmar, casi sin quererlo, que esta minoría de criminales irreducibles se compone de seres semejantes al salvaje primitivo, que no se le induce á trabajar sino reduciéndolo á la esclavitud y forzándolo por la violencia física, y algunas veces sucumbe bajo castigos inútiles? ¿Que, en otros términos, son salvajes perdidos en la vida moderna por el hecho de no poderse adaptar al trabajo? Lo que hay de atávico en el criminal no es, pues, la propensión á cometer un delito determinado, sino la incapacidad para el trabajo metódico, unida á la impulsividad. El espíritu del criminal, por vicio congénito ó adquirido, no ha podido desarrollarse completamente; su desarrollo está detenido en un estado inferior, semejante en muchas cosas al en que se encuentran los espíritus de los salvajes y de los bárbaros; por consiguiente, se ha hecho natural ó artificialmente incapaz de adquirir aquel *self control* y aquel amor al trabajo metódico, que son propios del civilizado, y no porque el criminal sea hombre siempre y absolutamente torpe. A veces es capaz de desplegar una actividad intensa, y tan es así que ciertos delitos como el robo y la estafa requieren muy á menudo una gran laboriosidad, porque tienen que prepararse con tiempo y venciendo muchas dificultades. Pero lo que repugna al criminal es el trabajo regular y metódico, prolongado por muchas horas, todos los días igual, el trabajo moderno de la oficina y del oficio. Así, pues, si es capaz algunas veces de desplegar un gran esfuerzo para ejecutar un delito, no se sujeta á ninguna ocupación que lo conduzca todos los días á la misma hora, al mismo banco, ante el mismo instrumento, á ejecutar por igual número de horas la misma operación. Hasta en esto el criminal se asemeja perfectamente al salvaje que de tiempo en tiempo se libra de su pereza para ejecutar los fatigosos pero intermitentes ejercicios de la caza y de la guerra. Robertson ha dicho de los indígenas de la América del Norte: «Cuando emprenden una expedición de caza salen de la indolencia que les es habitual, y se hacen por un momento activos, perseverantes é incansables.» Así sucede también con el criminal cuando prepara y comete el delito. El criminal es, pues, un irregular y un caprichoso del trabajo, un desplazado en la civilización moderna, la cual exige al hombre, sobre todo, un prolongado esfuerzo de trabajo metódico, la disciplina individual de los caprichos de la pereza y mucha actividad.

El origen del delito debe, pues, buscarse especialmente en este vicio, que es á la vez moral é intelectual. Por un lado, la incapacidad para el trabajo hace al hombre indócil para esa severa disciplina moral que apaga la impulsividad, y de ahí que no sea posible en él la formación de una sólida conciencia moral, y quede, por lo tanto, á merced de sus propias pasiones, que en determinados momentos pueden impelerlo á violar gravemente la ley moral.

Por otra parte, como un hombre que no es

capaz de trabajo metódico y regular difícilmente consigue ganarse la vida de un modo satisfactorio, el criminal trata de procurarse medios de vida y de gozar, declarando la guerra á la sociedad y á sus leyes.

Luego, entonces, el criminal es un hombre que en medio de la civilización recuerda los tipos inferiores de la raza humana, por su incapacidad para adaptarse á un trabajo regular; y esta incapacidad es innata é incurable en el pequeño grupo de los que Lombroso llama delincuentes natos; y, por el contrario, adquirida y curable en la clase de los delincuentes de ocasión. La habitud del trabajo metódico, que disciplina todas las pasiones violentas del hombre, puede ser adquirida por un hombre normal ó por un degenerado, con relativa facilidad, si la educación interviene á tiempo; si, sobre todo, el joven vive en un ambiente en que el ejemplo del trabajo esté continuamente bajo sus ojos; y es difícil, por el contrario, dicha habitud si el joven, por desgraciadas condiciones de la vida, crece en el ocio; porque mientras más avanza el hombre en años, más duro se hace el tirocinio del trabajo.

Esta es, luego, la forma principal de la influencia social en la delincuencia; porque nuestra sociedad no logra aún, por desgracia, asegurar á todos una educación eficaz para el trabajo, como sería de su deber; abandona muchos jóvenes al ocio, y los reduce artificialmente así á la condición de los salvajes y de los bárbaros, exponiéndolos al riesgo de convertirse en delincuentes de un modo ó de otro. Por esto se ve cuán feliz ha sido la idea que ha guiado á la organización del Estado Reformador de Elmira, donde los criminales jóvenes son sometidos á una esmerada educación al trabajo, ya que el único remedio contra las inclinaciones criminales es la habitud del trabajo metódico, que transforma al medio bárbaro, perezoso é impulsivo, en un hombre de ideas morales precisas, dueño de sí y trabajador. Y se ve también cuán equivocado y absurdo es el sistema de la prisión celular que prevalece en Europa y con que se pretende enmendar á los criminales, cuyo vicio moral más grave es la holgazanería, condenándoles á la inercia prolongada durante años, dentro de una celda, al embrutecimiento obligatorio de los interminables días pasados en el cuartujo, sin pensar en nada ó pensando en los nuevos delitos que cometerán apenas concluido el término de la condena.

Turín, Marzo 20 de 1899.

*Guglielmo Ferrero*

DE SCIPIO SIGHELE (ROMA)

(Véase el núm. anterior)

La obra de G. D'Annunzio ante la Psiquiatría

La crítica literaria ha acusado á D' Annunzio — á propósito de *Giovanni Episcopo* y de *L'Innocente* — si no precisamente de plagio, por lo menos de una exageración rusofilia; y no hay duda de que en aquellas dos narraciones, más precisamente: en aquellas confesiones de los dos delinquentes, se siente aletear el espíritu — y á menudo se encuentran las palabras — de Dostojévsky y de Tolstoi. Sin embargo, esto no nos importa. Si hay imitación, la imitación está bien hecha, porque — así como viven y palpitan los personajes de *Nikita* en el «Poder de las tinieblas» y de *Raskolnikoff* en el «Delito y Castigo» — así también viven y palpitan sus hermanos intelectuales Juan Episcopo y Julio Hermill.

En Juan Episcopo encontramos el tipo — osaría decir científicamente perfecto — del neurasténico moral, en quien el vicio de la bebida ha hecho más obtusas aun sus ya débiles facultades volitivas, y que se hace repentinamente homicida por uno de esos huracanes psicológicos que, así como sacuden las más robustas conciencias, transforman al conejo en león.

Y un conejo es, verdaderamente, en su vileza, Juan Episcopo. No solamente soporta sin un solo relámpago de rebelión la herida que le hace Julio Wanzer arrojándole un vaso á la frente, sino que desde ese día se torna en esclavo, en *cosa* de su despótico amigo.

— «Yo no podía tener respecto de él» — confiesa Episcopo — «otra actitud que la de un perro asustado... El me privó de todo sentimiento de dignidad humana, así, repentinamente, con la misma facilidad que me habría arrancado un cabello. Y yo no estaba atontado, no. Tenía conciencia de todo lo que hacía, una lucidísima conciencia de todo: de mi debilidad, de mi abyección, y especialmente de la *imposibilidad absoluta* en que estaba de sustraerme al poder de aquel hombre... Ante mi verdugo *jamás pude querer*... ¡Ah, señor! ¿quién sabrá desvelarme este misterio antes de que yo muera? ¿Hay, pues, sobre la tierra hombres que encontrando otros hombres pueden hacer de ellos lo que quieran, pueden hacerlos esclavos? ¿Es posible quitar á un hombre su voluntad como se le quitaría de entre los dedos una paja? ¿Es posible esto, señor?»

A la pregunta ansiosa del neurasténico responde la ciencia, y responde afirmativamente:

Sí, hay sobre la tierra caracteres imperiosos y malvados que saben imponerse á un débil y hacer de él lo que quieran; existen las *parejas degeneradas* compuestas de un individuo fuerte (el incubo), que sugestiona á uno débil (el súcubo), aniquila su voluntad y lo arrastra al vicio, al delito, á todas las abyecciones, como un autómeta.

Gabriel D'Annunzio ha reproducido admirablemente una de estas *parejas degeneradas*, de las que tantos ejemplos se encuentran en la literatura científica, y ha intuído, aun en la catástrofe de su narración, el fin trágico con que, á menudo, en la vida suele romperse este extraño vínculo de imperio y de servilismo.

Sucede, algunas veces, que el débil — cuando la medida de su paciencia desborda y el fuerte le exige un nuevo renunciamento ó una nueva vileza que sobrepuja toda humana posibilidad — se rebela y se venga de su amo con un único acto de

energía, que es tanto más feroz cuanto más largo ha sido el tiempo de la resignación pasiva; fenómeno individual paralelo al fenómeno colectivo de ciertos pueblos que, después de haber, durante años y siglos, doblado la cerviz en silencio bajo el yugo de un despota, encuentran finalmente en sí mismos, un día, la fuerza y la audacia para efectuar una revolución sangrienta.

Así Juan Episcopo — después de haber soportado que Julio Wanzer le robe su esposa — extrema prueba de dominio como la del señor feudal sobre sus súbditos; después de haberse resignado á ser el siervo complaciente de ambos amantes; después de haber tolerado que Wanzer no sólo le robara, sino que golpeará á su mujer en su propia casa, encuentra repentinamente, como el conejo rabioso, un minuto de ferocidad y oyendo

cierto día desde la habitación próxima un grito agudo de su hijo, de su pobre pequeñuelo Ciro, y suponiendo que ese grito era producido por un golpe de Wanzer, corre, empujado por una fuerza prodigiosa, y viendo sobre su hijo las grandes manos de Wanzer, toma un cuchillo y «dos, tres, cuatro veces se lo sepulta en el dorso hasta el cabo.»

La víctima se había vengado de su verdugo, y la venganza era psicológicamente naturalísima, como, en toda la narración, era de una escultural evidencia y de una rara precisión científica el análisis de la vida de aquel neurasténico.

Bien diferente de la de Juan Episcopo — y sin embargo igualmente verdadera — es la figura de Tulio Hermill en *L'Innocente*.

Éste no comete el infanticidio en un ímpetu de



Gabriel D' Annunzio

pasión, sino por frío cálculo: es un delincuente nato, no brutal y atávico, no de aquellos que tienen el valor de su propio delito y lo realizan con el medio ingenuo del veneno ó del puñal, sino refinado y correcto, que confía jesuiticamente á la gélida aura nocturna la misión de matar el hijo de su esposa y no suyo. En él todas las facultades están siempre despiertas y agudísimas; solamente le falta una, por atrofia congénita: el sentido moral. Es un egoísta en el sentido más absoluto y más repugnante de la palabra: proclama que el sueño de todos los hombres intelectuales es «ser constantemente infieles á una mujer constantemente fiel»; goza desgarrando el alma de su esposa Juliana con la frecuente y la insultante publicidad de sus traiciones; y llega hasta el absurdo de sostener que ha procedido bien al hacer sufrir tanto á su esposa, pues de esa manera le proporcionó los medios de ser heroica en su resignación. Es, en síntesis, uno de esos bribones elegantemente vestidos que se encuentran en los salones de la alta sociedad, y que encubren su perfidia bajo modales socialmente impecables y bajo la seducción de su ingenio simpático y no común.

Estos tipos — menos raros de lo que se cree en la realidad — se mantienen aparentemente honrados frente al código penal, mientras su egoísmo no encuentra un obstáculo: si lo encuentran, lo salvan con un delito.

Para Julio Hermil el obstáculo consiste en el descubrimiento de que Juliana, la *turris ebúrnea*, ha cedido al amor culpable, quedando embarazada. Esta revelación perturba su egoísmo de hombre más bien que su afecto de esposo; y, por consiguiente, él no siente rencor contra la adúltera, sino contra el inocente que, con su nacimiento, le imposibilitará la renovada felicidad que él ahora sentía de poder gozar con Juliana; puesto que — por una atracción únicamente sensual — él ama todavía, después de las repetidas infidelidades, á la dócil mujer, por la que durante años no había sentido más que un afecto «sororal»; y su erotomanía — tan frecuente en estos degenerados — lo hace indulgente, por egoísmo, con Juliana, que ya le es necesaria para gozar, y lo hace, por el contrario, implacable, siempre por egoísmo, con el intruso, que sería un obstáculo para sus goces.

Un día siente toser al niño, y esa tos es para él la revelación de la manera cómo deberá hacerlo morir. Lo hará morir de pulmonía, exponiéndolo desde la ventana á la fría aura nocturna.

Y nótese bien: la idea de su delito atraviesa algunas veces, como un relámpago siniestro, el cielo sereno de una conciencia honrada; y tal vez muchos maridos, en el caso de Julio Hermil, habrían dirigido al cielo el ruego cruel de que aquella tos condujera al niño al sepulcro. Pero sobre el puro cristal de una conciencia honrada la idea criminal resbala sin dejar rastro, mientras que ataca y corroe el alma impura de un degenerado.

Desde aquel día, en efecto, comienza para Julio Hermil la premeditación del infanticidio: — «La idea fija — dice él — me posee enteramente, con una fuerza y una tenacidad increíbles. Mi

perspicacia parecía triplicada... mi circunspección no me abandonó un solo instante. Nada dije, nada hice que pudiera engendrar sospechas, producir sorpresas. Simulé, disimulé sin tregua...»

He ahí, en esas palabras, la prueba de la delincuencia congénita: no hay pasión, no hay crisis, no una impulsión de remordimiento: una lucidez intelectual, una frialdad moral que horrorizan. Y más tranquilo y más sereno aun revélase en el acto de consumir el delito: — «Fuí á la puerta, la abrí: me aseguré que el corredor estaba desierto. Corrí entonces á la ventana... una columna de aire helado me envolvió... Me retiré, me acerqué á la cuna, tomé despacio, despacio el niño, lo llevé á la ventana, lo expuse al aire que debía hacerlo morir. *No me turbé, ninguno de mis sentidos se obnubiló.*»

¿Quién, pues, sino un delincuente nato podía no turbarse ni sentir desvanecimientos en aquel momento?

Julio Hermil tiene, es cierto, un movimiento de ánimo menos vil cuando, ante los parientes que asisten á la agonía repentina del niño, grita, como el Nikita de Tostoi en la última escena de «El Poder de las Tinieblas»: — ¿Sabéis quién ha muerto á este inocente? — Pero mientras Nikita confiesa realmente su delito, porque es un delincuente ocasional, el grito de Julio Hermil, que haría esperar una confesión, muere sobre sus labios y en la conciencia: él calla, se deja llevar por su hermano, y pocas horas después se adapta al hecho consumado, asiste el día siguiente al funeral, y después se deleita contándolo en sus más pequeños detalles con la analgesia moral de un Lacenaire que describía riendo sus más atroces delitos y los espasmos de sus víctimas.

No sé si un Julio Hermil ha existido alguna vez en la vida; sé ciertamente que él tiene todos los caracteres psicológicos de un delincuente nato.

Tercero y último, como he dicho, entre los tipos de degenerados, feliz y exactamente intuídos por Gabriel D'Annunzio, es Isabel, la loca del *Sogno d'un mattino di primavera*. Este poema trágico ha parecido un verdadero sueño, es decir, una cosa inverosímil, al público que asistió á su representación y á muchos de los que lo leyeron; é inverosímil será para la representación escénica, como son ciertamente inverosímiles muchos episodios, y como son falsos los personajes secundarios, especialmente aquel médico que no es un médico sino un místico, que no es un alienista sino un médico medioeval, que en lugar de curar á la demente, la considera como una iluminada, según el prejuicio antiguo. Pero Isabel — ó más bien su locura — está dibujada en sus grandes rasgos con una vigorosa exactitud psiquiátrica.

En primer término, es científicamente correcto hacer depender la enfermedad mental de la protagonista de la causa atroz y tristísima que había arrojado su alma desde el apogeo de la felicidad en el abismo del dolor y del terror. Le habían asesinado su querido entre sus brazos; y ella había permanecido largo tiempo, en el lecho, con aquel cadáver y con aquella sangre.

Su cerebro, sacudido por una excitación afec-

tiva de tan extraordinaria intensidad, había caído en un estado de estupor. Y el estupor — trayendo necesariamente un reposo en los elementos nerviosos del cerebro — había permitido que éstos, más tarde, volvieran á funcionar. Isabel, en efecto, poco á poco, despierta y comunica con el mundo exterior; pero todo lo que chocó en el momento supremo está borrado de su conciencia; en ella no quedan sino vínculos superficiales con el pasado, por ejemplo: la percepción del rojo, el color de la sangre, que siempre es acompañada por una emoción angustiosa.

Y D'Annunzio tuvo una ocurrencia genial imaginando la eficacia sedativa que tiene sobre la demente la visión del verde, precisamente porque el verde es el color complementario del rojo.

Así también está exactamente representado el delirio vago en las conversaciones habituales de la enferma, con la frecuente é insistente aparición de pocas ideas, siempre aquellas que nacen por asociaciones fortuitas. El médico, por ejemplo, dice: *estoy viejo*. Isabel entonces le mira los cabellos, que son blancos, piensa por contraste en los suyos, que eran rojos, y dice que ella anhelaría tenerlos blancos «*como el lino que sale de la espaldilla*».

Pero el más hermoso efecto artístico — porque es más científicamente verosímil — obtenido por el autor en su poema, es cuando la demente reconoce en Virginio al hermano de su querido, y este reconocimiento es como la llave milagrosa que abre repentinamente el estuche de sus recuerdos, cerrado por la locura.

Todos los detalles de la tragedia, que se ha desarrollado con tanta rapidez, habían permanecido apenas impresos en su ánimo violentamente sacudido, y el siguiente período de estupor los había abolido, aparentemente. Pero ellos estaban latentes en lo inconsciente, y bastó la vista de Virginio para que despertara nítidamente la imagen del amante, y para que ésta pudiera á su vez traer consigo una serie de imágenes mnemotécnicas encadenadas entre sí, y hacer narrar á Isabel todo el drama, y hacerle pensar en la madre de él y temer su maldición, y hacerle gritar con el acento de la sinceridad todo su dolor, todo su horror, toda su pasión (1).

Esta escena del drama recompensa las muchas inverosimilitudes y los muchos absurdos de las otras escenas, y es una maravillosa resurrección artística — casi diría una fotografía — de lo que sucede algunas veces en los manicomios.

Pero sería vano buscar en la obra de D'Annunzio, después del tipo de Isabel, otros tipos que igualen en verosimilitud científica á los ya descritos. Diríase que el autor, confiando demasiado en sí mismo y despreciando mucho la realidad del mundo en que vivía, hubiera querido dar rienda suelta á su fantasía, que, sin el freno y el control de la observación experimental, creó personajes

que no eran reales, sino la exageración ó la caricatura de la realidad.

Y recuerdo á este propósito un parangón hermosísimo de Aquiles Loria: la fantasía de un sabio ó de un artista, decía, puede algunas veces levantarse del terreno de la realidad, como un fogoso caballo de raza que da un salto; pero después del salto debe, lo mismo que el caballo, tocar nuevamente el suelo, es decir, es lícito, y hasta es prueba de ingenio, partir de lo que es cierto y tangible para arrojarlo en una síntesis filosófica ó en una creación artística; pero es necesario volver al mundo de los fenómenos reales, es necesario que aquella síntesis ó aquella creación tengan su comprobación en los hechos.

Pues bien, Gabriele D'Annunzio había merecido ese parangón por las creaciones de Juan Episcopo, Julio Hermil é Isabel, pues estos personajes, aunque nacidos de su fantasía, habían sido reconocidos por la ciencia como verdaderos, y el vuelo del artista, si lo había llevado un poco al campo aéreo de la imaginación, lo había inmediatamente reconducido al terreno de la verdad positiva; pero él no me parece ya digno de aquella semejanza por las creaciones de los otros caracteres de sus dramas y de sus novelas. Su fantasía ya no puede, en éstos, compararse á un caballo que da un salto para volver después al suelo, de donde ha partido; sino mejor á un imaginario hipogrifo que emprendiera el vuelo sin rumbo fijo, y se perdiera entre las nubes lejanas.

Jorge Auripa, por ejemplo, el héroe del *Trionfo della Morte*, no encuentra una exacta clasificación antropológica entre los tipos de delincuentes verdaderos, á no ser acaso, como ha dicho Enrique Ferri, en la locura abortiva.

Es un «degenerado superior», uno de aquellos hombres inteligentes pero desgraciados — desgraciados precisamente porque son demasiado inteligentes — que utilizan su cerebro atormentando su alma con un auto-análisis psicológico que tiene toda la crueldad de un bisturí anatómico, pues indaga y rebusca sin piedad hasta las más íntimas fibras del organismo. Es un incontentable de la vida, en quien la herencia patológica aguja el pesimismo; toma del padre la sensualidad excesiva y vulgar, de la madre una sensibilidad refinadamente exquisita, del tío la manía suicida, é injertando sobre el tronco de su fuerte capacidad intelectual estas tres tendencias, consigue darse una vida de amor y de espasmo, no sabiendo nunca gozar las horas que huyen y las personas que pasan, torturándose siempre en la persecución de una felicidad absoluta, que naturalmente no encuentra y que sabe no podrá encontrar jamás. Por eso cuando, al cerrar la última página de la novela, volvéis á pensar en aquel hombre que no ha tenido la generosidad de matarse solo, ni el valor criminal de matar á su querida, pero ha querido realizar un doble suicidio y morir con ella, arrojándose abrazados en un precipicio, quedáis admirados del ingenio del autor que ha sabido interesaros á un drama semejante, pero no escucháis dentro de vosotros aquella voz — que es el sello íntimo de las grandes creaciones artísticas — y que

(1) Para el análisis del personaje de Isabel me he servido de las preciosas observaciones del profesor Ezio Sciamanne (véase su artículo *Psiquiatria D'Annunziana*, en el *Avvenire*, núm. 8, 1897), á quien agradezco la cortesía de habérmelas comunicado.

os dice: Sí, este tipo es verdadero y es humano: si no lo he encontrado, podría fácilmente encontrarlo.

Menos verdadero aun — casi ajeno á toda razonable verosimilitud — es Claudio Cantelmo, el protagonista de *Le Vergini delle Roccie*; un hombre poseído por el sueño ambicioso de estar destinado á perpetuar su raza aristocrática engendrando un hijo perfecto, y que, viceversa, no sabe, no quiere ó no puede elegir entre las tres vírgenes aquella que, uniéndose á él, realizará su sueño. Debería ser un «degenerado superior» como Jorge Aurispa; pero su perfil no está claramente delineado como el de éste; y en el libro no domina su figura, nebulosa á la par que sus ideas, pero domina, sí, el incubo de una locura hereditaria y colectiva.

Todos, en efecto, los ocho personajes de esta novela — que es la más musical y también la más incomprensible y hueca de las escritas por D'Annunzio — se revelan locos ó como personas que están pendiendo del borde de la locura; y lo más extraño es que también hablen y obren como locos aquellos que, en el concepto del autor, deberían gozar de plena salud mental. Ignoro cuál puede haber sido el propósito de D'Annunzio al escribir este libro; pero si me es lícito juzgar la obra por lo que en ella se trasluce, afirmo que entraña un propósito opuesto al que se quería obtener, pues en lugar de probar la vitalidad de una raza aristocrática más ó menos legitimista ó borbónica, y la superioridad de su campeón, prueba su esterilidad y su impotencia moral é intelectual.

¿Y qué decir de *La Città Morta*? En esta tragedia — cuya forma, como siempre, admira sin discutirse — encontramos por fin expresada en toda su criminal audacia aquella idea que serpenteaba en los precedentes trabajos de D'Annunzio: la idea del amor culpable entre hermano y hermana. Hemos visto en *L'Innocente*, y después en el *Trionfo della Morte*, y luego también en *Le Vergini delle Roccie*, que el autor se complacía dando á los amores de sus personajes un vago sabor de incesto llamando *hermana* á la querida: era el *leit-motif* patológico de su erótica sinfonía. En la *Città Morta* el *leit-motif* se convierte en la melodía fundamental de todo el drama y conduce al delito á un desgraciado hermano que, para no manchar la pureza de la hermana que ama, la asesina. Pero la figura del asesino y de su víctima nos parecen ajenos al campo de la psicología, como es ajena á nuestra vida moderna la sepultada Micenes, donde la tragedia se desarrolla.

*La Città Morta* es el último trabajo de Gabriele D'Annunzio, en que se encuentran tipos de delinquentes ó de locos. En el *Sogno d'un tramonto d'Autunno* no hay más que la descripción de los celos de una mujer, exageradamente furiosos; y este poema trágico es notable solamente por la impresión visual del color rojo que dejan en el lector la batalla y el incendio finales, artístico y bien imaginado contraste con la impresión de color verde que dejaba el *Sogno d'un mattino di primavera*, pues así como es justo que la tonalidad dominante de la mañana y de la primavera

sea el verde, también lo es que la tonalidad dominante del crepúsculo y del otoño sea el rojo.

En la *Gioconda* casi no se reconocería ya al D'Annunzio de sus recientes trabajos: tal es la relativa normalidad de los tipos de sus personajes y tan humanamente lógico es el asunto de su tragedia; él no se revela más que por la forma — siempre armoniosamente la misma —, por aquella *concordancia* que yace en el fondo de la obra y que simboliza su significación, y sobre todo por la teoría del superhombre, afirmada y sostenida por Gioconda Dianti.

Y es hablando brevísimamente de esta teoría que yo pido permiso para cerrar mi, acaso ya muy largo, aburridor estudio.

Después de haber examinado algunos tipos D'Annunzianos á la luz de la psiquiatría y de la antropología criminal, examinemos el concepto informador de toda la obra del artista á la luz de la moral. Será la última profanación y el último acto de orgullo que un humilde filisteo osará cometer en el templo del Arte.

Aquella teoría, que no es afortunadamente italiana, pero importada entre nosotros por la facilidad con que se copian en el extranjero las pocas cosas malas junto con la muchas buenas, aquella teoría, repito, hace su primera aparición en *Il Piacere* de Gabriel D'Annunzio, donde no es más que una consecuencia egoísticamente vulgar de una filosofía epicúrea: vuelve en *L'Innocente*, manifestada de una manera más intelectual y atribuida al protagonista sin que el autor implícitamente la apruebe: reaparece en *Le Vergini delle Roccie*, donde desciende y se degrada, pues mientras hasta ese momento el superhombre se consideraba tal por supremacía de ingenio, en esta novela cree serlo también, y sobre todo por aristocracia de sangre: la más injusta de todas. Por fin, vuelve á surgir en la *Gioconda*, donde es proclamada en el nombre sagrado del Arte. Y después de tal insistencia, no es ya posible suponer — también por las otras manifestaciones literarias y políticas de D'Annunzio — que aquella teoría no sea su *credo* moral é intelectual.

Acaso — y, más que un pensamiento firme, yo expreso una duda — acaso el artista se ha dejado sugestionar paulatinamente por la idea anormal que estudiaba. Al principio habrá querido solamente analizar el fenómeno, no común por cierto pero verdadero, del *superhombre*; después la enfermedad que él observaba se le habrá comunicado por contagio y quedado víctima del fenómeno psicológico que — en la fiebre de la investigación — habrá sometido á su examen.

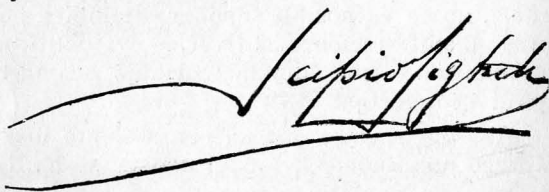
Y le habrá sucedido moralmente lo que artísticamente. Él ha adorado, mucho más que la idea, la forma con que ella se revestía, hasta que le sucedió lo que á aquel ingenuo creyente que, postulado ante la imagen de la Virgen, acabó por no tener más fe en la divinidad sino en su símbolo material; semejante en ésto á aquel anarquista Tailhade, que en un asesinato consumado con felicidad no veía la substancia, es decir, el horror al acto salvaje, sino la forma solamente, la expresión artística del bello gesto; y así él se ha enamora-

do tanto de su tesis del *superhombre* que, en lugar de limitarse á estudiarla como un caso patológico, la ha hecho suya y la cree.

La cree, y de ello hace gala: sincero y valiente, en ésto, como algunos de nuestros artistas desaparecidos, que todavía sorprenden, no se sabe si más por las maravillas que crearon que por los delitos que cometieron. Es un verdadero hombre del quinientos, un Benvenuto Cellini de la palabra, cuyo escarpelo no tiene rivales y no conoce dificultades, y que, así como aquel confesaba con la más cínica indiferencia sus delitos, de igual manera él proclama con la más fiera audacia su teoría inmoral. Quiere la arbitrariedad, el privilegio, la omnipotencia para los *superhombres*, los cuales no deben estar sometidos al yugo de la ley común, hecha solamente para la multitud de los humildes y de los mediocres.

Ahora bien: nosotros nos rebelamos contra esta teoría soberbia y aristocrática, pues creemos que la superioridad del ingenio, si da en cierto sentido mayores derechos, impone también moralmente mayores deberes; y sin recurrir á la ciencia, la cual enseña que la función de la sociedad moderna es dar el bienestar al mayor número posible de individuos, más bien que reservarlo todo á las monstruosas excepciones de algún cerebro superior, afirmamos con el corazón, además de afirmarlo con la mente, frente á aquel desprecio, nuestro amor para la multitud de los humildes.

Nos inclinamos ante la indiscutible superioridad intelectual de un Gabriel D'Annunzio; mas si él encuentra la poesía en exaltar las virtudes raras y luminosas de los fuertes y en proclamar sus derechos ya bastante conocidos, nosotros la encontramos en exaltar las virtudes obscuras de los débiles y en sostener sus derechos todavía demasiado desconocidos. La suya es, sin duda, una poesía más artística; pero la nuestra es más humana y más verdadera.



DE C. STEEVENS (NEW-YORK)

### Mundo Criminal Norteamericano

Ningún país del mundo ofrece, como el inmenso territorio de la Unión Americana, un terreno tan vasto y fecundo para los estudios de criminalología, según los criterios positivistas de la escuela moderna.

Pero también ninguno presenta mayores dificultades que este país para establecer los grandes grupos de causas de la criminalidad y para fijar los tipos característicos del delincuente en las varias categorías de la especie, aunque uno sea de los expertos y prácticos en antropología criminal.

Las causas sociológicas, etnológicas y cósmicas en esta tierra, cosmopolita por excelencia, se encuentran unas con otras, se refuerzan, se eluden alternativamente, formando un ambiente enormemente vario y variable, que actúa sobre todos los fenómenos del mundo psíquico de manera extravagante y diferente de la de casi todos los países del mundo.

La concentración industrial, con el cúmulo de las enormes fortunas de un lado y espantosas miserias del otro, ha creado aún aquí el ejército innumerable de los delincuentes de ocasión, la multitud grisácea de los que, sin el impulso de la necesidad no satisfecha, y sin las provocaciones de la alta estafa comercial é industrial impunes, no habrían sido arrastrados á la violación de las leyes penales, las cuales aun aquí (á falta de una profilaxis social del delito) son diques vacilantes contra el flujo y reflujo de la delincuencia impulsada por causas mucho más profundas y generales que no el libre albedrío individual y la hipótesis metafísica de una maldad existente en algunas almas.

En las enormes aglomeraciones metropolitanas, como New-York, Chicago, Filadelfia, San Francisco, la inmensa mayoría de los delincuentes pertenece á la categoría de los *declassés*, de los desocupados, de los que tienen por profesión el no tener pan, los cuales ofrecen el mayor contingente á los pequeños delitos, que son naturalmente los más numerosos, y pueblan de año en año las cárceles de la ciudad, ó las de *contea* (city or county prisons) de desgraciados hechos ladrones ó estafadores, debido, en gran parte, á la imprevisión social.

En este fango, en esta atmósfera turbia, en que la rica y civilizada sociedad norteamericana deja podrirse en el seno de sus más vastas y espléndidas ciudades, es difícil echar con resultados seguros la sonda de la antropología criminal.

El delincuente congénito se encuentra mezclado con el hombre normal, y en las prisiones ó en el patíbulo se hallan á veces ligados á la misma cruz, sin que el juez (también aquí, como en Berlin, no siempre hay jueces) haya sabido discernir al que ha delinquido por una injusticia de la naturaleza, que hizo de él un monstruo moral, ó por injusticia de la sociedad, que no quiere utilizar su laboriosidad honesta, provocando en su ánimo el estallido de sus trabajos antisociales.

Una de las mayores dificultades para los estudios de antropología sobre los criminales en Norte América la constituye el hecho de que aquí muchos de los caracteres anatómicos y psíquicos, propios del delincuente por temperamento, se confunden con las líneas diferenciales de las diversas razas que en este crisol inmenso de la vida americana alteran profundamente el tipo normal del inmigrante europeo ó del *yankee* moderno.

En los estados meridionales de la Unión, el predominio del elemento negro en los bajos estratos sociales, y en el extremo occidental, desde Alaska á California, la infiltración extraordinariamente grande del elemento chino, llevan al fenómeno de patología social de la delincuencia, infini-

dad de causas étnicas y antropológicas, perturbadoras para el que no conozca profundamente los hombres y las cosas de este aturdidor territorio del nuevo mundo.

Me valdré, pues, de los materiales paciente-mente recogidos en mis largos viajes norteamericanos del Atlántico al Pacífico, y del conocimiento un poco difuso que tengo de las condiciones especiales de la criminalidad en mi país, para enviar á los lectores de CRIMINALOGÍA MODERNA algo de crónica judicial y modestas investigaciones de antropología criminal, hechas con criterios positivos y para enlazar, en lo posible, la labor científica de la América sajona con la de esa hermana nuestra, la América latina.

\* \*

Empezaré por la gran delincuencia, esto es: por aquella que se destaca con caracteres de fuego y sangre desde el fondo oscuro del mundo criminal, y sobre cuyas siniestras celebridades se fijan, horrorizadas, las miradas de los honrados, aun del otro lado del Océano.

Entre los tenebrosos héroes culminantes del delito, en estos últimos tiempos, tienen la preeminencia (y lo pagaron recientemente en el patíbulo) Holmes, de Filadelfia, el asesino, falsario, ladrón y estuprador, y W. H. T. Durrant, de San Francisco de California, el aristocrático asesino ladrón y estuprador de jovencitas.

\* \*

*El criminal del siglo.*—Con este epíteto fué designado en América del Norte W. H. Theodore Durrant, que meses hace fué ahorcado en la penitenciaría de California, culpable de un feroz delito cometido en San Francisco de California el 12 de Abril de 1895.

Durrant muere protestando que era inocente y desde la plataforma de la horca, con voz firme y con aquella frialdad de carácter que tampoco le había faltado en el proceso, protestó que era víctima de las persecuciones de la prensa y de la policía. Las pruebas circunstanciadas, aplastadoras é incontrastables, acumuladas en su contra, lo revelaron culpable no sólo del delito por el cual fué procesado y ajusticiado, sino de otros no menos feroces crímenes.

El teatro escogido por Durrant para realizar el delito fué la Emanuel Baptist Church, pequeña iglesia que se levanta en un lugar apartado de la metrópoli californiana.

Era pocos días antes de la fiesta de Pascua; el templo estaba empavesado de fiesta para conmemorar la resurrección del Redentor, cuando Durrant, estudiante de medicina, induce á Blanca Lamont jovencita frecuentadora de la iglesia, á entrar con él una tarde después que volviera de la escuela. Durrant era el presidente de la escuela dominical, y podía tener libre acceso al templo aun cuando estuviere cerrado.

No se conocen los detalles de la tragedia, pero cerca de quince días después el cuerpo desnudo de la joven Lamont fué encontrado en estado de descomposición en el último hueco de un nicho sobre

la puerta de entrada. El cadáver estaba echado en el suelo y la cabeza recostada sobre un ladrillo. Algunos de los anillos que llevaba la víctima en el dedo habían sido mandados á la amiga de ella, y otro fué presentado en una casa de préstamos por un individuo que después fué identificado con Durrant.

Antes de ser descubierto el cadáver de la Lamont, Durrant inmoló otra joven existencia. Miss Minnie Willians, amiga de la Lamont, alarmada con su desaparición en la iglesia, pidió con insistencia explicaciones á Durrant. Este indujo á Miss Willians á entrar en la sacristía, y allí la encontraron degollada al día siguiente con una mordaza en la boca y con claros signos de desfloración. Consumado este delito, Durrant, que formaba parte también de la guardia nacional, se fué á Mocent Diabolo para los ejercicios militares, y allí fué arrestado. Registrado, se le encontró el portamonedas de la Minnie Willians. Llevado á las



W. H. Theodore Durrant

cárceles de San Francisco, procesado como asesino de la Lamont, su continente y sus declaraciones siempre fueron marcadas por la más clínica indiferencia. En su ejecución capital estuvo presente su padre. La madre, sospechando por indicios que se trataba de robar el cadáver de su hijo con fines científicos, lo custodió día y noche. Las administraciones de los crematorios de San Francisco rehusaron el cadáver. Finalmente: fué reducido á cenizas en Passadena, estando presente la madre en la cremación.

Entre las tantas hipótesis que se formularon para explicar los delitos de Durrant, hay esta, que fué la más aceptada y que se basa en los instintos libidinosos de Durrant, instintos que le valieron la tacha de incestuoso por ciertos hechos aparecidos y rápidamente sofocados durante el desarrollo del proceso por el asesinato de Blanca Lamont. Parece que esta desventurada criatura, dejada en estado interesante por Durrant, se dejó persuadir por él y sometióse á una operación cri-

minal, de la que él, práctico en medicina, garantizaba el éxito. Podría, pues, conjeturarse que Blanca Lamont moriría de la operación. La autopsia del cadáver no pudo establecer ninguna hipótesis porque la putrefacción del cadáver impedía un análisis suficiente.

\*\*

En la clase de los criminales en los Estados Unidos, los chinos ocupan un puesto de primer orden, no porque den mayor contribución de detenidos en las penitenciarías, sino por el sistema de organización que se nota en los delincuentes del Celeste Imperio.

La influencia china en la vida social norteamericana no es tan sensible en los estados del Este como en los del Oeste, principalmente del otro lado de las Montañas Rocallosas.

Los chinos están divididos en dos grandes clases sociales: los pobres, *sam yupo*, y los ricos, *see yupo*, siempre en guerra entre sí. Al lado de estas dos grandes asociaciones pululan otras confraternidades llamadas por los chinos *tongs*, entre las cuales está también la sociedad de los *Highbinders* ó asesinos, sicarios que se encargan de llevar á cabo las varias venganzas por rivalidad entre las sociedades. Los *Highbinders* tienen sus templos públicos con su respectiva *joss* ó divinidad.

En San Francisco de California, por ejemplo, ciudad *head quarter* de la colonia china y donde hay una fracción característica de la ciudad llamada *China town*, ó barrio chino, los *highbinders* son, en ciertos momentos de lucha entre los *sam yupo* y los *see yupo*, verdadero terror de las gentes.

El barrio chino en San Francisco es característico sobre el suelo y horrible en los subterráneos, donde, por lo más, hay los llamados *opium joints*, ó sucias celdas, en las que los chinos, y á veces los caucásicos, fuman el opio. Y es por medio de tales subterráneos que los asesinos chinos consiguen casi siempre despistar la policía, corriendo de una parte á otra del barrio y poniéndose así en salvo después de la perpetración del crimen. Facilita, además, su evasión la uniforme fisonomía de sus caras.

El sicario chino es en extremo cauto, astuto, paciente, impávido. Aun arrestado después de un asesinato, difícilmente se compromete ante el juez instructor. La misma actividad, asiduidad y abnegación que despliega el chino trabajando día y noche y concediendo al cuerpo un breve é incómodo reposo, demuestra cuando está encargado de quitar la vida á alguno.

El asesinato más notable cometido por los *highbinders* chinos en los Estados Unidos fué el de Hh-fong, de San Francisco, conocido comúnmente bajo el apodo de *Little Pete*. Era un propietario de fábrica de botines, y por haber despedido en varias ocasiones á obreros fué designado para ser muerto por las uniones chinas de obreros y su cabeza fué puesta á precio por \$ 2000. *Little Pete* tuvo conocimiento de la trama urdida en su contra, y para la protección de su persona asala-

rió á tres individuos que lo escoltaban. Una noche mientras estaba en la barbería mandó á los tres guardianes á diferentes partes, y apenas hubo quedado solo, un sicario entró en la barbería y le descerrajó dos tiros de revólver. El asesino, en fuga, consiguió internarse en uno de los laberintos del barrio chino, y allí desapareció. La viuda de la víctima ofreció un premio de \$ 4000, al que descubriera el reo; se hicieron varios arrestos, se instruyeron varios procesos, pero el reo no fué hallado.

\*\*

Mrs. Cornelia Botkin, de San Francisco de California, había tenido relaciones amorosas con cierto Jack Dunning, un don Juan que, á pesar de tener mujer é hijos en una ciudad del estado de Delaware, pasaba sus buenos ratos con Mrs. Botkin en San Francisco. Mr. Dunning debió ausentarse de San Francisco para Cuba durante la última guerra; y su alejamiento hizo nacer en la Botkin la idea de sacar de en medio su verdadera mujer para poder casarse con él. Realizó, en efecto, su siniestro pensamiento, mandando en forma anónima y por encomienda postal á la mujer de Dunning chocolatitos en los cuales había mezclado arsénico. La señora Dunning, imprudentemente, comió los dulces y dió de ellos á su hermana, la cual también comió, muriendo ambas envenenadas. Constatada la procedencia de la cajita de dulces de San Francisco, rememoradas las anteriores relaciones amorosas entre la Botkin y Dunning, las autoridades de San Francisco no tardaron en probar que la Botkin había comprado los dulces y que ella había escrito la esquila contenida en la bombonera, llevando la siguiente línea: *With my best love to you* (Con mi mayor afecto por tí).

Como consecuencia de tales pruebas, y de otras secundarias, que acusaban á la Botkin, se la declaró rea de envenenamiento en la persona de la señora Dunning, y fué condenada á cárcel para toda su vida, en Enero último, en la Corte Superior de San Francisco de California.

\*\*

El príncipe, por así decirlo, de los delincuentes, que se destaca por su tremenda ferocidad sobre toda la criminalidad norteamericana del siglo, es sin duda H. H. Holmes, autor convicto y confeso de veintisiete homicidios consumados y seis frustrados, quien dejó la vida recientemente en el patíbulo. Fué tan clamorosa la resonancia de las tragedias consumadas por esta bestia humana, y tan característicamente feroz su confesión (también ella delito de lesa humanidad con un fin de lucro, porque la vendió á precio de oro al *Mornig Jurnal*, de New-York, y al *Examiner*, de San Francisco), que no creo intempestiva la publicación de algunas notas inéditas, junto con otras conocidas, sobre este monstruo moral con aspecto de hombre.

Y ante todo, bajo su retrato gráfico pongamos el antropológico hecho por él mismo en ese extravagante y terrible documento humano, que es su confesión.

Como el mismo asesino lo confiesa, todos los atroces delitos que ha cometido tuvieron por móvil la *avidez de dinero* (el virgiliano *auri sacra fames*, el estímulo criminoso, gemelo de la *mali-suada fames*).

Las muertes se perpetraron en personas de condición, edad y sexo diferentes; sobre viejos, mujeres, niños, y con los medios más odiosos: el veneno, la asfixia, el hambre. Sí, también el hambre, porque la trampa á la que el malvado atraía las víctimas elegidas por él era un vasto y silencioso castillo, de su propiedad, en Chicago, que se ha vuelto lúgubremente bccélere, on el nombre de «Castillo de Holmes».

Este monstruo, con apariencia de hombre, cometió, entre otros, los asesinatos del Dr. Russel, de la señora Connor y de su hijita por el veneno, de Mr. Cole y de la sirvienta Lizzie, por sofocación en la espantosa *cámara de asfixia*, de Miss Cigrande, degollada en la víspera de sus nupcias, de Miss Van Tassand, violada y muerta lentamente con ferrocianuro de potasio, del portero Latimer, muerto lentamente por hambre, y de decenas de otros desventurados, cuyos horribles suplicios constituyen, por sus detalles espantosos, el más notable ejemplo de delincuencia congénita que las crónicas criminales del siglo hayan registrado y la más espléndida confirmación de las conclusiones de la escuela positiva de derecho penal.

Os remito, á título de curiosidad psicológica, la confesión detallada que el espantoso asesino hace de la larga y variada cadena de sus delitos y que despertó, al través de Norte América, un clamor inmenso de espanto (1) Si resolvéis publicarla, no dejéis de añadir que todas las circunstancias de hecho de la horrible narración fueron minuciosamente comprobadas por los resultados del proceso, que tuvo despierta la atención de todos los Estados Unidos.

Los antropólogos que tuvieron ocasión de visitar á Holmes durante su prisión y que examinaron su cadáver después que fué ajusticiado, están contestes en admitir la existencia en aquel organismo de todos los caracteres degenerativos del criminal nato.

Puede decirse que el crimen, acariciado, meditado y consumado de los modos más refinadamente crueles fué, la única vibración de aquella psiquis deforme, habitadora siniestra de un organismo completamente anormal, bajo la aparente insignificancia superficial de los rasgos.

No sé si ante tanta perversión la pena de muerte debe ser mantenida (como la legislación de casi todos los Estados la mantiene) como la forma más radical de defensa de la sociedad contra los seres antisociales que pisotean los derechos de los otros.

Yo, á pesar de todo, siento tan alto respeto

(1) Publicamos en la nueva rúbrica de la revista, intitulada *Documentos humanos* esta sangrienta "auto-psicología" del célebre delincuente, enviada, si no como primicia, como una curiosidad judicial, sin duda interesantísima, por nuestro ilustre correspondiente norteamericano.

por la vida humana, y la necesidad de defenderla en cualquiera persona, que el Estado carnicero me ha espantado siempre; y la corriente jurídica contra la pena de muerte crece de día en día también en la tierra humana y civilizada de Washington y Lincoln.

Pero la verdad es que en presencia de casos de patología moral tan diabólicamente feroces, como los de Holmes, el alma se detiene espantada para preguntarse si contra semejante fiera no tendrá razón la sociedad en aplicar la desapiadada ley de sangre, que impida la posibilidad misma de que se reproduzcan en otros, por las hasta ahora misteriosas pero fatales leyes de la herencia y del atavismo, los gérmenes implacables de esas personificaciones del crimen.

\*\*\*

El mundo criminal norteamericano presenta, pues, como se ve, las caras más extravagantes, como un inmenso poliedro sobre el que externamente se reflejan, en las más variadas formas, las resultantes antropológicas y sociológicas de este vasto caos de actividad febril, que forma la civilización de la América anglo-sajona.

Es evidente que la criminalidad, que asume formas gigantescas en cualidad cuando no en cantidad, rivaliza con las diversas formas de la actividad honrada, que crea los milagros de la mecánica, de la ingeniería, de la industria, al lado de los delitos célebres de los Holmes, de los Durrant, de las Botkin.

La fiebre del oro, que organiza los enormes fraudes comerciales, esa forma de robo completamente legal y enormemente lucrativa, que se llama monopolio, que es la verdadera langosta de Norte América, la adoración del dólar, es aquí más ó menos el fermento mortal que exhala casi toda la atmósfera criminal de este grande y ya corrompido país.

Y observase otra cosa de común entre los Estados Unidos y los otros países más civilizados del mundo, y es que hay aquí también fraudes afortunados y colosales, que conducen al sumum de la riqueza y de los honores, y fraudes infelices y mezquinos que arrastran al fondo de las prisiones.

Las colonias extranjeras aportan un contingente extraordinario á la criminalidad de sangre, pero en la estafa, que está representada por la cifra más alta entre los delitos contra la propiedad, los recién venidos rivalizan con los *American citizens*.

Y hasta ahora, sin contar los crímenes ya recordados, á pesar de que el cabestro y la silla eléctrica (al gusto según los estados) funcionan con prontitud desde el Atlántico al Pacífico, la marea de la criminalidad se desborda pavorosamente por encima de los pobres terraplenes de las leyes represivas.

Y tampoco aquí, sobre los *nuevos horizontes del derecho penal*, se presenta todavía el alba de las medidas profundas, serias, humanas, de profilaxis social del delito.

C. STEEVENS.

DE PIO VIAZZI (ALEJANDRIA)

El amor y el dolor en la criminalidad.

La práctica judicial ha suministrado amenudo y continua aún suministrando un considerable material de discusión alrededor de ciertos hechos que la psicología normal no consigue interpretar ni menos explicar de una manera racional.

A veces se cometen homicidios con especiales circunstancias de brutalidad, por personas que en toda su vida han dado pruebas de extraña fineza y de tranquilidad de carácter; son violencias imprevistas cometidas por hombres habitualmente pacíficos, contra seres queridos, y sin que un motivo aparente ó plausible autorice una justificación cualquiera; son extraños *suicidios entre dos* en que uno de los amantes escapado á la muerte, se encuentra luego en la necesidad de responder penalmente de su obra, y millares de otros casos del mismo jénero que sería muy largo enumerar.

Y bien, todo esto que aparece inexplicable si se le quiere forzar entre los estrechos límites de los tipos en que la ciencia y el común sentir han encuadrado al *violento*, al hombre que delinque contra las personas por una deficiencia del sentimiento de piedad en la medida que es común á las sociedades civilizadas, todo eso resulta simple y claro si se le mira á la luz de aquella psicología del amor que solo desde hace pocos años ha tomado forma científica y que solamente una gran ignorancia y el perjuicio secular han mantenido hasta ahora en la penumbra.

Se trata de la acentuación patológica de una condición normal del organismo humano, y he aquí como pasan las cosas.

El obscuro deseo de la muerte en el amor, se manifiesta como un misterioso problema arraigado de tiempo atrás en la ignorante pero clara fantasía de los poetas.

Quién no siente en toda su profunda grandiosidad el símbolo en *Tristan é Isolda*, en que el Maestro de Bayreuth da al vago anélito del amor hacia la muerte, las mas expresivas, claras y tangibles formas de representación?

La humilde aldeana de Leopardi:

Per forza d'amore  
Nell'indotta mente,  
La gentilezza del morir comprende. (1)

La de *Tristan é Isolda* es una comparación mucho más amplia y entendida.

En la caricia misma ellos reconocían la imposibilidad de ultrapasar el límite material de sus sentimientos humanos. Así, "un obstáculo infranqueable se interponía entre el uno y la otra, los separaba, los hacia extraños y solitarios. En su sustancia corporea, en su persona viviente estaba el obstáculo. Y un odio secreto crecía en ambos: un deseo de destrucción, de aniquilarse: un deseo de dar muerte y de morir." (2).

Este deseo indeterminado de la muerte en el amor, encuentra de cuando en cuando su explicación precisa en los dobles suicidios, en que es notable el hecho observado por Sighele, de que la mujer, mucho más amenudo que el hombre, es quien induce al amante al sacrificio común de la vida. (1).

Casi siempre este deseo se descompone y se divide en manifestaciones producidas en los episodios nimios de la relación amorosa, determinando en ella los pequeños mal entendidos, las pequeñas malignidades afectuosas de injustificable mal humor, los pequeños experimentos inutilmente dolorosos sobre la fuerza de la agena pasión, las imprevistas, tácticas é inextinguibles exigencias y hechos análogos. Más acentuado, manifiesta claramente aquella conexión entre la voluptuosidad y la crueldad que desde el tranquilo Védico de Siwa y Durga, hasta las afirmaciones documentadas por los más autorizados psicólogos modernos, es patrimonio hoy incontestable de la observación humana. Pasando al campo de la patología, da lugar á las aberraciones genéricas del sadismo y del masoquismo.

Kraft Ebbing dá la siguiente explicación del hecho: El amor y la cólera son las dos únicas formas posibles de la pasión violenta; determinan por ello análogas reacciones. Y no es esto solo, sino que el uno como la otra, siendo estados de exaltación, constituyen una escitación poderosa de toda la esfera psico-motriz, de donde resulta un deseo de reaccionar por todos los medios posibles y con la mayor intensidad, contra el objeto que provoca la escitación.

Esta explicación me parece incompleta y superficial. Incompleta, porque no envuelve la confusa aspiración á la propia disolución que forma tambien, con los otros, una sola unidad en el orden de los fenómenos de que se trata; superficial, porque se deriva de una analogía, de una concordancia en los efectos exteriores, mientras que la indagación, por el contrario, se dirige al modo en que se afirma una cierta unidad en el común *origen* psicológico de todos estos mismos fenómenos.

Aun cuando sólo considere un lado del problema, toca más de cerca y más íntimamente su solución lo que sostiene Lombroso relativamente á las circunstancias exteriores que determinan los *dobles suicidios*: "No es difícil - escribe - comprender la fisiología de esta causa tan difusa de suicidio, recordando que el amor es el efecto de una especie de afinidad electiva, multiplicada por la de los órganos reproductores, y aun más fortalecida por el hábito, por la cual las moléculas del uno casi puede decirse que forman parte de las de la otra, y no pueden soportar su separación." (2)

Así, transportando la cosa al comercio directo entre las dos personas que, con diversos modos y grados de voluntad, tienden á la conjunción, y considerándola en las fases en que se desarrolla la obra de la conquista y de la seducción; puesto que, como hace notar de Roberto, la crueldad y la vio-

(1) Leopardi. - *Poesías*. - AMORE E MORTE.

(2) D' Annunzio - *TRIONFO DELLA MORTE*.

(1) S. Sighele. - *LA COPPIA CRIMINALE*.

(2) C. Lombroso. - *L'AMORE NEL SUICIDIO e NEL DELITTO*.

lencia dependen de la resistencia, de la dificultad y del obstáculo, que son condiciones del placer, sucede aquí que, á su vez, crueldad y violencia se transforman en condiciones del placer (1).

El obstáculo que deriva de las accidentalidades casuales y de los modos comunes de la vida exterior, se sutaliza y, al mismo tiempo se generaliza en el impedimento á la completa fusión de los seres que encabeza la distinción irresoluble de las dos individualidades corpóreas. Aquí está el origen de una impaciente melancolía muy bien analizada por Leopardi. "En los transportes de amor, en la conversación con el ser amado, en los favores que de él recibes, aun en los últimos, tú vas más bien en busca de la felicidad; tu corazón agitado siente siempre una gran falta, un no se que de menos que lo que espera, un deseo de algo ó de mucho más. Los momentos mejores del amor son los de quieta y dulce melancolía, en que tú lloras y no sabes de qué, y casi te atribuyes reposadamente una desventura que no sabes cuál es. En aquel reposo, tu alma, menos agitada es casi colmada y casi gusta la felicidad. Así aun en el amor, que es el estado del alma más rico en placeres y en ilusiones, la mejor parte, el camino más corto hacia el placer y á una sombra de felicidad, es el dolor." (2). La observación es vieja: De cualquier modo que el hombre toque á la mujer que le pertenece, no colma su deseo, pues alegre y satisfecho en la parte exterior, queda triste y anhelante en la interior donde no llega el placer. Desearía, pues, no abrazar el objeto amado, sino penetrar vivo y entero en él, del mismo modo que el agua pasa la esponja, y aun cuando pudiera hacerlo en la medida de todo su goce, pena y suspira de deseo." (3).

Amplio campo es este para los romanticismos débiles y malsanos de los fantasistas de todos los tiempos.

Pero más aun. El acto de la generación considerado en su íntima esencia, es por lo menos una negación parcial de la vida individual. Generación y acrecimiento del individuo más allá de un cierto límite, además de que él pierde una parte de sí mismo, la que queda independiente.

Es notorio, en efecto, que en los organismos inferiores la generación se verifica por división, y que esta sustituye siempre la base de todas las manifestaciones más complejas de los organismos superiores. Es también notorio que en los vegetales, por ejemplo, los órganos masculinos se

marchitan y los femeninos desaparecen rápidamente después de la fecundación, para dar lugar al fruto y que todos los animales después del coito pierden su fuerza, mientras sus colores palidecen y su carne se desprende de una parte de su cualidad.

Ahora bien: en el acto generativo, precisamente se conserva la especie y, con ella, se asegura la continuación de la vida; la existencia del individuo, una vez que cesa su función generativa, tiene escasas razones para subsistir en frente de la naturaleza. Y de la profundidad de lo inconsciente surge en forma de vago sentimiento ó de reacción instintiva, lo que Schopenhauer llamó: *el oscuro genio de la especie*, el cúmulo de las necesidades y de las adaptaciones biológicas por las cuales la especie evoluciona en los siglos; y este "oscuro genio de la especie" se explica en contra posición con todo lo que forma la clara sabiduría individual, episodio insignificante ante la infinita serie de las generaciones. Digo en *contraposición*, porque la elaboración y la separación de la sustancia generativa es dispersión de energía vital, porque las necesidades de la unión de los elementos diversos (óvulo y espermatozoario) en los organismos sexuales, exigen adaptaciones, y por consiguiente empleo de vitalidad, que no tienen relación directa con las exigencias de la existencia individual, y por lo tanto, y en relación á estas, no representan á su vez, más que dispersiones dañosas, de energía. (4).

Existe, mientras tanto, una efectiva lucha interior, lucha de elementos orgánicos: la prevalencia del sentido que llamaremos *filogenético*, induce á la aspiración vaga hacia la propia disolución; pero si la lucha es viváz, el objetivarla, el transportarla á los objetos que constituyen su base concreta en los momentos determinados en que ella entra en acción, responde á las leyes más generalmente admitidas en el campo de la psicología. Y entonces puede fundirse en una unidad la oscura hostilidad contra sí propio y la oscura hostilidad contra el objeto amado, ó prevalecer dominante esta segunda.

Aquí es necesario investigar en el génesis remoto de las preparaciones inconscientes, el primer origen de ciertos fenómenos delictuosos que se refieren á lo que Tamburini llamó: *afectividad paradojal*, por la cual, en la superficie de la conciencia de quien la padece se manifiesta una contradicción violenta entre el móvil, por ejemplo: de herir, que es informado por un amor exagerado y por un vivo deseo de agradar, y el propósito mismo del atentado que es el efecto.

Y esta es también, la interpretación de todos aquellos otros casos en que la violencia personal no es mas que una manifestación de *lujuria larvada*. Lo difícil es establecerlo y probar su consistencia, caso por caso, en la práctica judicial.

Pero cuando el génesis común de los actos humanos no explica el acontecimiento, y el que

(1) De Roberto. - *L'AMORE*.

(2) Sperone Speroni - *DIALOGHI*.

(3) Antonio Fogazzaro narra la leyenda islamita del Diletto. « Un alma peregrina llega de la tierra á la mansión del Diletto; golpea á la puerta. Una voz del interior pregunta: - Quien eres? - Soy yo. - No hay sitio aquí, responde la voz, no hay sitio para ti y para mí. La puerta permanece cerrada. Entonces el alma vuelve á bajar á la tierra; pasa un año en el desierto orando, llorando y haciendo penitencia. Después vuelve a subir á la puerta; llama otra vez en ella. Hé aquí que la voz dice: - Quien eres? - Ella responde temblando: - *Yo soy tú*. - La puerta se abre. Pero más adelante agrega que la sublime leyenda del Diletto no es para humana pareja alguna. El Diletto, el ser a quien se dice « Yo soy tú, » está en la casa misteriosa, no se le ve, no se le ha visto nunca. (IL MISTERO DEL POETA).

(4) Me complace en recordar nuevamente á este respecto, un antiguo: « Asi como la eternidad de las especies es más bien un don de Dios, que operación mortal, así el amor que es su causa no debe sucumbir á la razón de un particular. » (Speroni: Obra citada).

delinque es persona que por su pasado, por su temperamento, por sus hábitos demuestra ser todo menos inclinado á las violencias, y una turbación verdaderamente singular acompaña y sigue la ejecución del delito, existe motivo bastante para concebir serias sospechas de que el caso cae en esta materia, y dirigiendo la investigación por la vía así indicada, será fácil encontrar también aquellos pequeños elementos de hecho que, iluminados por una sana é íntegra psicología, pueden convertir la sospecha en certidumbre.

Conviene notar que toda esta gente es enferma. La acentuación de una condición normal que rompe las reglas más fundamentales de la conducta reconocidas por el mismo agente, es patológica. Se trata, á veces, de cretinoides, á veces de epilépticos, á veces de neuróticos afectados de agotamiento físico y psíquico; individuos que no se mantienen en el justo medio, ó tienen una sensualidad exagerada, ó son semi-impotentes.

No falta en ellos una herencia morbosa.

Aquí se impone aún para la común opinión la sustitución de la terapia, á la represión penal. Es este un terreno en que los nuevos estudios pueden marcar con facilidad sus primeras conquistas prácticas.

PIO VIAZZI.

## Documentos humanos

### La confesión de un gran Criminal

Abril 8.

Durante los últimos meses transcurridos, fué repetido con insistencia el deseo de que yo hiciera una detallada confesión de todos los más graves crímenes que han sido tan habilmente descubiertos y atribuidos á mí.

He sido procesado por asesino, reconocido culpable y condenado; el día de mi muerte, según mi sentencia, está fijado para el 7 de Mayo, es tiempo pues de que yo revele en su cruel desnudez muchos asesinatos sobre los cuales sería locura que yo todavía protestase mi inocencia.

En presencia de la espantosa mole de pruebas acumuladas no solo en uno sino en todos los casos, y puesto que en esta confesión hablo de los casos que fueron investigados y no de otros, espero que no se querrá hacer la suposición de que yo sea culpable de otros homicidios que se me imputan. A quienes tuviesen semejante duda, les diré que los agentes de policía han reconstruido toda mi vida y que ni un solo día de mi existencia, ni un acto mío han escapado á su minuciosa averiguación; sería pues querer desacreditar su trabajo si se me quisiera todavía atribuir otros delitos fuera de aquellos por que fuí procesado. Tan maravilloso ha sido el éxito de los agentes de policía que debían probar mi culpabilidad que yo, echando una mirada retrospectiva á su labor de un año, no puedo concebir como hombres dotados de la sola inteligencia humana hayan podido ser tan hábiles; por esto considero conveniente hacer aquí resaltar

su maestría, que ha pasado inobservada para los magistrados al cerrarse mi causa. Bien sé que mis palabras no bastan para expresar cuanto la sociedad civil debe á tales imparciales é indefensos funcionarios de la ley y especialmente al asistente de *District Attorney Barlow* y al detective Frank Geyner por su perspicacia, habilidad y perseverancia, de tal modo que á la vuelta de pocos días estaré en la absoluta imposibilidad de cometer nuevos y más horribles crímenes. Á la verdad, la justicia ya no debería más comprenderse con los ojos vendados si fuera administrada por magistrados semejantes.

Me he decidido á publicar esta confesión por varias razones, no por jactancia ni por el placer de poner a los ojos del público mis muchas maldades sino por una resolución voluntaria de revelar entera y minuciosamente todos mis crímenes. Para hacer esto he elegido el *Journal* de New York y el *Examiner* de San Francisco.

Antes de comenzar este trabajoso y repugnante relato de mi vida, antes de presentar en su horrible desnudez el relato de 27 homicidios premeditados, hechos, y 6 frustrados, crímenes que me han impreso el sello del más execrable delincuente moderno, me permitiré algunas explicaciones acerca de los móviles que me empujaron á tanta barbaridad.

Esta tarea es ahora para mí tan árdua y repugnante que en comparación de ella, me parece un pasatiempo la certeza de que dentro de pocos días colgaré muerto de la soga.

La avaricia de dinero fue la sola causa que me determinó á cometer delitos y aduciendo tal excusa, ciertamente no espero mitigar la indignación pública en contra de mí, ni de invocar atenuantes en mi favor. Si hubiera tenido esta intención, me hubiera valido de análogos argumentos en el desarrollo del proceso.

Todos los criminalistas que me han estudiado, aquí en la cárcel, parecen unánimes en admitir que mi degeneración y ciertos síntomas anormales que no eran más que latentes cuando perpetraba los delitos, comenzaron á manifestarse después de mi arresto.

\*\*\*

Hace dos años fuí examinado por cuatro personas de singular capacidad, las cuales concluyeron que yo era mental y físicamente un hombre normal y sano. Hoy tengo todos los estigmas de un degenerado, de un idiota moral. ¿No sería posible que los delitos en vez de ser el resultado de una condición anormal, sean ellos mismos la causa de la degeneración? Durante mi detención, en 1894, fuí examinado por el sistema Bertillon, pero no se notaron en mí anomalías, las cuales en cambio se manifestaron y se manifiestan con un aumento asombroso en los últimos meses y á cada examen de que soy objeto; y me alegro de que no se me permita el uso de un espejo para no ver mi creciente degeneración.

Las más notables anomalías que se manifestaron en mí y que son una señal evidente de mi embrutecimiento son: una prominencia muy de-

sarrollada en una parte de mi cabeza y una respectiva disminución en la parte opuesta; una deficiencia en una parte de la nariz y de la oreja y una igual protuberancia en la parte correspondiente; una diferencia de una pulgada y media en las dimensiones de los brazos y una falta respectiva en una pierna desde la rodilla al talón.

Además una resaltante característica mefistofelica impresa en una parte de mi cara y que reverbera en los ojos, característica tan indeleble y terrible, que el escritor Caine la notó, por más que yo trataba de esconderla dejándome crecer la barba, y describe esa parte de mi cara como surcada por una profunda huella del crimen y semejante á la de un demonio. Tan aparentes eran tales características que un experto criminalogista al servicio de los Estados Unidos, el cual antes no me habia visto, permaneciendo conmigo en la celda media hora, y habiendome observado me dijo:

— Yo se que sois reo.

Callar seria pues locura, y esta confesión será un testimonio justificador para aquellos que me pusieron en manos de la justicia, haciéndose benemeritos de la sociedad y facilitando así un castigo para ciertas personas nombradas en la presente narración, las cuales actualmente solo parecen sospechosas gracias á los grandes esfuerzos hechos para salvarse á mis expensas.

El primer homicidio dejó en mí, atroces remordimientos. Pero una vez que me familiarizé con hacer el mal, me volví sordo á las voces de la conciencia. Antes, yo no habia concebido malos pensamientos ni cometido crímenes. Después, como el tigre que devora al hombre y que se hace más feroz á la vista de la sangre, erraba agitado por el mundo en busca de una víctima que inmolar.

Piensa lector en la fúnebre lista que sigue.... hombres y mujeres, niños é inocentes muchachas, masacradas por la mano de un monstruo, y tu lector de sensibles y delicados sentimientos no quieras leer más porque yo no me economizaré y aquel que lea hasta el fin si es persona de corazón generoso, podrá exclamar como el *District Attorney*: « Dios ayude á semejante hombre; » y si el lector es persona severa y justa dirá: « Pueda semejante hombre ser condenado; un monstruo así no debia vivir largo tiempo sobre la faz de la tierra. »

El Dr. Russell en Chicago era inquilino en la construcción reciente llamada « El Castillo. » En un altercado que tuvo conmigo sobre el alquiler que me debia, yo lo golpée con una sillita y lo tendí en el suelo. Lanzó un grito que poco á poco se fué debilitando hasta que el doctor cesó de respirar. Este hecho se desarrolló en un pequeño escritorio exterior. Luego que me di cuenta de que el golpe habia sido fatal y me repuse algo del espanto de ver mis manos sucias con la sangre de la víctima, tuve que ocuparme de esconder el hecho. Cerradas las puertas del escritorio, mi primera intención fué de mandar el cadaver al Colegio Médico de Chicago, del cual yo habia otras veces obtenido materiales que los directores del Colegio creían me sirvieran para la disección, pero que en realidad los usaba para trapizondas de seguros sobre la vida.

Encontré difícil, si no imposible, desembarazarme de ese modo del cadaver y fui aconsejado ir á casa de una persona á la que se lo vendí, persona que no nombro pero que revelé á aquellos en quienes tengo fé. A dicho individuo le vendí el cadaver del doctor y de otros, cobrando \$ 25 y \$ 45 por cada cuerpo. No necesito añadir que los esfuerzos hechos por los amigos del incógnito para protegerlo cuando se supo que él habia comprendido y hablado con demasiada libertad, no fueron suficientes para salvarlo de restituir los cadáveres en su posesión, adonde les tributaran su honrada sepultura ó indicare los varios museos en los que habían sido vendidos.

La muerte de la señora Julia Connor fue causada por una operación criminal ejecutada por ..... y por ..... los cuales eran conocidos y parcialmente responsables de la operación y de la muerte.



H. H. Holmes

Todos los diarios del mes de agosto de 1895 se ocuparon del hecho narrándolo con las más pequeñas y horribles particularidades; pero no publicaron que la muerte de Pearl, la hijita de la Connor, habia sido causada por el veneno y que ..... y ..... eran ambos responsables conmigo de haberselo dado en seguida y á instigación mia. Yo creía que la chiquilina fuera bastante grande para recordar la enfermedad y muerte de la madre. Los otros dos cómplices querían enviarla á sus viejos parientes que vivían en la parte sud de la ciudad, pero sus consejos fueron desechados por mi oposición.

El subsiguiente hecho fué el de Charles Cole un especulador de Georgia. Después de haber tenido correspondencia con este hombre, vino á Chicago y lo atraje al Castillo, donde mientras conversaba con él, le dí violentamente en la cabeza con un pedazo de caño de gaz. Tan fuerte fué la sacudida que no solo cayo al suelo sin lanzar un quejido, sino que se descompaginó de tal modo la espalda que su cadáver fué casi inservible.

Una sirvienta llamada Lizzie, fué la próxima víctima. Ella había servido algún tiempo en el restaurant del Castillo y recordé que ..... le tenía muchas consideraciones, y por temor de que esa simpatía se acentuara tanto que la indujera á dejar el empleo, creí indispensable sacar de en medio la muchacha. Lo que efectué llamandola á mi escritorio y sofocándola en la cámara de la asfixia (asphyxiación chamber) (vease el mapa) donde se cometieron tantos delitos. Antes de matarla la obligué á escribir cartas a sus padres y á ..... anunciando que ella había dejado Chicago por un Estado del oeste y no volvería.

No mucho tiempo despues de este hecho, me fué recomendada por una sociedad de *tipewriters*, la señorita Emelina Cigrande para ocupar cerca de mí un puesto como taquígrafa. Ella había estado primero empleada en Dwigt (Ill.), donde conoció á un joven del cual recibía visitas por intervalos mientras estuvo á mi servicio. Fué al fin su novia y determinó el día de su casamiento. Semejante lazo era particularmente perjudicial para mí, porque la señorita Cigrande me era en adelante indispensable en mis trabajos de escritorio y porqué era mi amante y mi taquígrafa. Traté repetidas veces de quitar la vida al jovencito y no lográndolo, al fin resolví matar á ella. El día del casamiento, después que las invitaciones habían sido distribuidas, ella vino á mi escritorio para saludarme. La pedí que entrase en la alcoba para que me buscara documentos míos.

Allí la aprisioné y le dije que, si escribía á su marido que á último momento le parecía imposible vivir feliz con él y que por ello abandonaba Chicago sin dejar rastros de sí; yo la conduciría á una ciudad distante donde la presentaría como mi mujer.

Emelina aceptó mi proposición y habiendo acabado la carta, se disponía á abrir ..... pero pudo apercibirse de que la puerta no se abriría hasta que ella muriera lentamente.

Sigue ahora un frustrado atentado de triple asesinato por \$ 90 que me fueron ofrecidos por.... por los tres cadáveres que debían ser tres jóvenes mujeres que trabajaban en mi restaurant en *Milwaukee ave. Chicago*. Solo se debe á mi estupidez si aquellas mujeres sobrevivieron para contar á la policía el peligro atravesado. Yo traté de cloroformarlas juntas, pero la fuerza de todas ellas, superó á la mía y huyeron gritando á la calle con vestidos de entre casa. Á esta tentativa de homicidio se puede añadir la más reciente de la señora de Pitzel y de sus dos niños, aumentando así el número de las víctimas, pero no fué culpa mia si estas se me escaparon.

Mi otro atentado fué conducido con mayor precaución. La víctima era una bellissima jovencita llamada Ana Van Fassanol, que yo convidé á visitar mi negocio de frutas y confites. Una vez entrada, la forcé á vivir conmigo cierto tiempo, después de lo cual la maté con ferrocianuro de potasio.

La situación del negocio era tal que habría sido imprudente sacar un gran cajon conteniendo un cadáver, y yo lo enterré en el subterráneo de la bodega.

Roberto Latimer, hombre que permaneció algún tiempo á mi servicio en calidad de portero fué la nueva víctima. Algunos años antes de que yo me hiciera homicida, Latimer tenía conocimiento de ciertos negocios míos sobre seguros sobre la vida. Valiéndose de tales conocimientos trató de sacarme dinero, pero en cambio tuvo como premio su muerte, y la venta de su cadaver. Lo aprisioné en la pieza secreta (*secret room*) para hacerle morir de hambre lentamente. Pero la muerte tardaba y necesitando la pieza para otra víctima en vista, y como los lamentos del prisionero se me habían hecho casi insoportables, lo maté yo mismo. La policía encontró después las paredes del cuarto en parte escavadas. Eso fué obra del mismo Latimer, quien probando todos los medios para escaparse había raspado sin más que las uñas los sólidos ladrillos y la mezcla.

Otro caso fué la muerte de la señorita Ana Bettz, muerte causada por mí añadiendo un veneno en la preparación de una receta que dicha señorita había llevado á mi farmacia. Lo qual hice movido por la idea de que siendo yo reputado un doctor, se me llamaría á presenciar su muerte, porqué mi casa era vecina. Esto sinembargo no sucedió, pues fué llamado el médico de la familia. Dicha receta está todavia en la colección de la farmacia de Castle y debería ser examinada por la autoridad si se persiste todavia en atribuir la muerte de la Bettz á ciertas causas que empañaran la moralidad de la señorita. Igual muerte encontró tambien la señorita Gertrudis Conner de Muscative Iowa, quien dejó Chicago inmediatamente después que se le administró el veneno y no murió hasta llegar á Muscavite. Estos dos hechos demostrarán más claramente que los demas, los pocos miramientos que yo tenía para con mi próximo.

Un tal Warner fué mi subsiguiente víctima. y en esta ocasión me apoderé de una fuerte suma de dinero la cual antes de su muerte había sido depositada en dos bancos de Chicago.

Pude retirar casi todo el dinero valiéndome de dos cheques por pequeñas sumas. y debidamente firmados por él. A la suma original le agregué la palabre « mil » y los desconté en el banco donde yo tenía cuenta corriente. De este modo pude retirar toda la moneda, excepto una pequeña suma, en el *Park National Bank*, en el ángulo noroeste de las calles Washington y Dearborn en Chicago. Conviene recordar que en el subterráneo del castillo se encontró el lugar donde había un amplio horno construido con ladrillos á prueba de fuego. El horno había sido construido bajo la dirección del señor Warner y era hecho de tal modo que un minuto después de haber echado un chorro de aceite crudo atomizado con vapor, el horno entero era invadido por una llama incandescente tan poderosa, que el fierro allí se licuaba. Induje al señor Warner á entrar en el horno conmigo con el pretexto de querer examinar su estructura. Él accedió, más apenas había entrado, yo pretextando tomar ciertos instrumentos me sali, y cerrado de un golpe el portillo, desaprisioné el aceite y el vapor á toda fuerza. En un momento, no quedaron ni los huesos de mi víctima.

En 1891 me asocié en negocios con un joven inglés quien á estar á sus declaraciones, había cometido toda especie de malos negocios excepto homicidios y de alguno era sinembargo reo. Era muy facil para él manipular ciertas garantías sobre propiedades de que eramos poseedores y convertirlas en valores comerciales, y sabía tambien inducir á ciertos capitalistas ingleses á anticipar capitales sobre ciertas patentes y lo hacia con tal habilidad que obtenía enormes ingresos de dinero.

Por una circunstancia imprevista se despreciaron nuestros valores y entonces tuvimos necesidad de realizar lo más pronto posible una considerable suma. Para ello indujimos á venir á Chicago á un rico banquero, llamado Rogers y la invitación fué combinada de tal modo que el banquero no debía revelar que personas iba á ver á Chicago.

Nos fué muy facil acompañarlo al Castillo y hacerlo entrar en la pieza secreta (*secret room*), con el pretexto de hacerle examinar nuestras patentes.

Apenas entrado en el cuarto se le presentó para que firmase una letra de cambio por \$70.000; pero él rehusó firmarla, aduciendo que igualmente si le concedíamos nosotros la libertad después de haber firmado la letra de cambio habría sido poca cosa para él, puesto que no tenía el dinero y no habria podido ulteriormente acumularlo dada su edad avanzada.

Al fin y á fuerza de hacerlo padecer el hambre y de hacerle dar nauseas con gas se decidió á poner la firma; y entonces ayudados por la habilidad para falsificar de ..... pudimos convertir el titulo en dinero sonante sin dejar rastros de nuestra complicidad. Hecho esto, estaba yo esperando con curiosidad que propuestas adelantaría ..... para decidir de la suerte del prisionero, aún cuando fuese seguro que ninguno de nosotros dos pensabamos en devolverle la libertad.

..... evidentemente esperaba que yo aconsejase lo que debía hacerse y yo al fin insinué la resolución de dejarlo en libertad, forzando así á ..... decretar en lugar de eso la muerte. Así sucedió, y consentí á condición de que él suministrase la dosis de cloroformo y yo me ocuparía después de hacer desaparecer el cadaver. De esta manera no dejaba traslucir á ..... mi tráfico con ..... al cual vendia los cuerpos. Aquella noche nos repartimos una respectable suma.

Nuevo caso fué él de una señora cuyo nombre no recuerdo (Lee?) la cual era concurrente asidua al restaurant situado en el castillo .... estaba al frente de la hosteria en aquel tiempo y pronto se preocupó de la mujer, sabiendo que era rica.

.....era casado y su mujer de cuando en cuando visitaba el restaurant mientras la señora estaba allí de pensionista; hecho que produjo el desconcierto en la familia de ..... .

Por último ella vino á consultarme, y como yo deseaba mucho subyugarlo, para valerme de él después en cualquier tarea mía, le sugerí la idea de vivir con la viuda algun tiempo en el Castillo y si después él se aburría se desembarazara de ella y se apoderase de las riquezas. Aunque ..... no haya estado benigno hacia mi en la instrucción del proceso, y aunque él merezca la pena de muerte por este y otros crímenes, en honor de la verdad debo

admitir que fué rehacio á mi proposición y no estaría hoy ensuciado con la mancha del homicida, si yo no lo hubiera arrastrado. Como ya lo había previsto, bien pronto se hedió de la vida del Castillo y me previno que era tiempo de matar á su compañera. Se le quitó la vida suministrándole cloroformo mientras él le impedía moverse. El padre de ..... reveló á la autoridad el nombre de aquella mujer. Ya juzgareis cual sería su ansiedad y aflicción cuando sus parientes por ignorancia tocaron tan peligroso argumento. El cadáver de la viuda se encontró dentro de una gran caja en el Castillo, y fué sacado en 1884, como .... lo explicó á la policía.

Las hermanas Williams. — Para comprender bien su muerte necesitó preestablecer que es plenamente cierto cuanto ha referido aquel pariente de la Williams, que habita en el Estado del sud y busca la vida pura y cristiana, y es tambien verdad que ella antes de conocerme en 1893, era una mujer virtuosa conforme á las declaraciones de Carlos Goldthwalt de Bostoro el cual la conoce como íntima de su mujer y negó haberle expedido por vale telegráfico cierta suma de dinero. No es sinembargo verdad que la Williams haya estado algun tiempo loca en el albergue enfrente el *Pullman Building* en Chicago, hacia Mayo del 20 al 23 de 1893, no es verdad que fuera aislada en el *Baptist Hospital* de Chicago bajo el nombre de señora Williams y más tarde en un retiro en Milwaukee; tampoco es verdad que ella hubiera muerto á su hermana ni que hubiera intentado quitar la vida á una sirvienta que la custodiaba en la avenida Wrightwood N. 1220 en Chicago. Experimento cierta satisfacción en corregir esos relatos pudiendo así destruir lo más que puedo los delitos que yo habia acumulado en su nombre.

En 1888 encontré por primera vez á Miss Williams en New York donde ella me conoció como Eduardo Hatch, y más tarde, bajo el mismo nombre en *Deuver*, como lo atestiguaron ciertos joven-citos quienes reconocieron mi retrato. A principios de 1893 fui de nuevo presentado á Miss Williams como H. H. Holmes de Campbell y Dowd de Chicago, ciudad á la que ella había mandado un pedido para obtener un puesto de taquígrafa.

Apenas la tomé á mi servicio la induje á darme \$ 2500 en dinero y á cederme con contrato una considerable propiedad en el sur, y más tarde se persuadió para vivir como mi mujer. Obtuve todo esto fácilmente, pues la Williams era inocente y casi una chiquilina, incapaz de distinguir el bien del mal. Pude aún tener de ella dos cheques de \$ 2500 y \$ 1000 cada uno, y supe después que tenía una hermana en Tejas que había heredado. Convencí á la Williams de que debía escribirle para hacerla venir á Chicago. En el momento de la llegada la fui á recibir á la estación y la acompañé al castillo, diciéndole que allí estaba Mis Williams. Una vez en mi poder, me fué fácil forzarla á que me transfiriera cuanto poseía. Apenas hecho esto, fné muerta inmediatamente á fin de que nadie se enterase de su presencia en el castillo, excepto ..... quien quemó sus vestidos.

La señal del pie de Nanie Williams se descu-

brió impresa sobre el pavimento á la entrada de la cámara secreta. Aquella orma fué notada por el astuto abogado y *detective*, señor Copps di Fort Worth, y fué impresa en el suelo por mi víctima mientras hacía supremos esfuerzos para salvarse. Me fué también muy fácil hacer dirigir á la señorita Willians una carta, en la que se le prevenía que su hermana había abandonado la idea de trasladarse á Chicago. En seguida intercepté y sustituí cartas para ella á fin de que no supiera que su hermana había salido de Tejas.

Estando ya en mi poder todas las propiedades de la Willians, pensé que era tiempo de matarla. A causa de un incendio que había dañado al castillo no pude efectuar mi proyecto en el lugar de costumbre y con el mismo método; después de alguna reflexión la conduje á Momence (Illinois) hacia el mes de Noviembre de 1892, anotándonos en el hotel con nombres falsos, pero como marido y mujer.

Mi intención era matarla pronto de cualquier segura manera, pero en ocasión de un viaje á un lugar donde había ocurrido un descarrilamiento, encontré un conductor conocido mío, llamado Peck, y por esto, á fin de no comprometerme, abandoné la idea. Juntos con la Willians fuimos un día á ocho millas al Este de Momence, y allí la ultimé y enterré el cadáver en el subterráneo de una casa, de la que se habló en tiempo del descubrimiento en Irvington en 1895. Fué un gran milagro que el cadáver no se encontrara en aquella época, si realmente los *detectives* fueron allí á inspeccionar. Nada podría ahora confortarme más que saber que su cadáver ha tenido decente sepultura; porque la vida de la señorita Willians antes de conocerme era inmaculada, porque le pude sacar una elevada suma de dinero, porque maté á su hermana y á su hermano, porque yo, después de mi arresto, á pesar de lo útil que ella me era, he tratado de obscurecer su nombre haciéndola aparecer como cómplice de la muerte de su hermana y como instigadora del masacre de los tres niños Pitzel. Por todas las consideraciones expuestas, este es el más execrable de los delitos por mí cometidos.

Otra de mis víctimas fué un individuo, del que no recuerdo el nombre, el cual fué á Chicago en tiempo de la Exposición. Las autoridades de Chicago podrán identificarlo, aunque más no sea para satisfacción de sus amigos, si hacen investigaciones cerca de la *Hartford Insurance Company*, cerca del señor Lasher en el edificio del *Stock Exchange*, cerca de D. T. Duncomb, *Metropolitan Building*, todos en Chicago. Yo había pensado valirme de ese hombre para realizar ciertos proyectos, pero cuando me apercibí de que no poseía la habilidad que á primera vista le había supuesto, pensé matarlo, y así lo hice.

Después de la muerte de la señorita Willians encontré entre sus papeles una póliza de seguros en su favor, de su hermano Baldwin Willians de Leadville (Colo.) Entonces me trasladé á aquella ciudad en 1894 para encontrarlo. Más tarde murió de un tiro de revólver, disparado por mí en mi defensa. En seguida, cuando me presenté por la

liquidación á John M. Maxwell de Leadville, administrador de la propiedad de los Willians, la póliza de la señorita Willians fué pagada. Este caso y el del cheque por 1000, dado por D. Folman, y otros cheques por la suma de \$ 2500, dados por J. R. Hitt y Cia., ambos de Chicago, lo mismo que los giros sobre cheques, son falsificaciones, de modo que ahora los herederos de los Willians pueden reclamar esas cantidades, aunque será una inmerecida vejación para los que ya hayan desembolsado dinero sobre esos valores.

DE QUÉ HORRIBLE MODO BENJAMÍN PITZEL ENCONTRÓ LA MUERTE. — La publicidad que tuvo este crimen fué tan extensa, que dió origen últimamente á grandes artículos en un diario local del sur de África; y á mí no me queda sino describir los detalles. Sólo tengo que decir que desde el primer instante en que conocí á Pitzel, esto es, antes de que supiera que tenía una familia, la cual me habría ofrecido más tarde otras víctimas para saciar mi sed de sangre, tuve la intención de matarlo. Y todo el interés que demostré tomarme por él y sus negocios, lo mismo que mi aparente fe, depositando en su nombre considerables sumas, no fueron otra cosa que precauciones tomadas para ganarme su confianza y la de su familia, de modo que en el momento oportuno todos ellos caerían más fácilmente en mi poder.

Ahora que echo una mirada al pasado, me parece casi increíble cómo pude prometerme, al presenciar su muerte, tan grande satisfacción que pudiera compensarme todo lo que yo hice por ellos en el largo período de 7 años; no echando de ver que la suma que gasté por su bienestar superaba á lo que yo podía esperar del relativamente pequeño seguro sobre la vida de Benjamín Pitzel ¡y sin embargo así fué! Y esto puede servir para demostrar á qué sorprendentes fantasías está sujeta la mente del hombre en ciertas circunstancias, fantasías en comparación de las cuales las ilusiones del movimiento perpetuo, la investigación del tesoro donde termina el arco iris, ó los sueños de los fumadores de opio, serían efectos de una mente sana.

Pitzel salió de su casa hacia los últimos días de Julio de 1894. Viajamos juntos hasta New-York y más tarde hasta Filadelfia, donde alquiló el tristemente célebre palacete en Calowhill Strut, encontrando en él la muerte en Septiembre de 1894. Fué en esa época que le escribí cartas desalentadoras que aparecían como si fuesen mandadas por su mujer y que fueron la causa de que se dedicara nuevamente á la cerveza. Entonces estaba yo diariamente en expectativa para poderlo sorprender en estado de absoluta embriaguez, cosa, por otra parte, muy fácil para mí que estaba al corriente de sus costumbres. Era tan seguro encontrarlo en un estado que no le permitiera ninguna resistencia que, llegado el día propicio para matarlo, antes de trasladarme á su casa, preparé mi baúl y arreglé todo para dejar Filadelfia inmediatamente después de su muerte.

Después de haberme preparado de ese modo, fuí á su casa, abrí tranquilamente la puerta, entré,

y sin hacer ningún ruido lo encontré cual lo preveía: completamente borracho.

Se me preguntará si viéndolo en tal estado no tuve el temor de que estuviera amodorrado en un sueño natural ó parcialmente insensible, y, por consiguiente, en condiciones de poder en cualquier momento recuperar los sentidos y defenderse. Contesto que no. Una sola dificultad se presentaba; era preciso matarlo de modo que no se debatiera ni hiciese movimiento alguno, pues de lo contrario habría sido imposible volverle á poner en su primitivo estado los vestidos que la lucha habría seguramente desordenado.

Salvé este obstáculo atándolo de pies y manos para empezar, y después, echando bencina sobre su cara, le prendí fuego con un fósforo y comencé á quemarlo vivo. Tan horrible é insultante fué aquella tortura, que mientras escribo esto quería tratar de atribuir su muerte á otro método menos bárbaro, no para economizarme yo mismo, sino porque temo no se creará que pueda realmente existir un sér tan realmente depravado. Pero sería inútil pretender desfigurar la cosa, porque ya fué declarado por las autoridades que su muerte no podía haberse producido sino de ese modo. Sobre su cuerpo no había signos de golpes recibidos, no resultó que se hubiera administrado drogas, excepto el cloroformo que se depositó en su estómago por lo menos treinta minutos después de su muerte. Y querer ahora hacer una falsa relación de los hechos no sería más que provocar una mayor reprobación. Lo mejor que puedo hacer es ahorrar al lector la descripción de los gritos de la víctima, los suplicantes ruegos invocando piedad, y, finalmente, su último pedido de cortar sus penas con medios más rápidos, ruegos que no hicieron en mí ningún efecto.

Por fin, cuando hubo muerto corté las sinchas y cuerdas con que lo había atado, apagué la llama, y poco después le vertí en la boca una onza y media de cloroformo. Se preguntará con qué objeto lo hice, sabiendo que estaba muerto. Respondo que hice esa operación pensando que cuando se procediera á la autopsia, el médico del *Coroner*, como resultado de su examen, no podría menos que decir que la muerte había acaecido accidentalmente á causa de la explosión de un líquido para luz compuesto de cloroformo y bencina y que el momento de la explosión el cloroformo había pasado al estómago. Creía yo que, ateniéndose á este informe, la compañía de seguros pronto pagaría la suma total de la póliza. Pero el cloroformo hizo más de lo que yo esperaba, puesto que redujo su cuerpo á un estado del que en mi carrera médica no había visto ni oído hablar.

Menciono aquí esto como hecho de interés científico que no creo que sea generalmente conocido. El cloroformo expulsó de todo su cuerpo, cerebro y vísceras todo vestigio de embriaguez, y por este indicio los médicos que examinaron el cuerpo después de muerto estuvieron seguros para atestiguar bajo juramento que no había muestras de embriaguez y no creían que el hombre estuviera borracho cuando murió ni tampoco durante las doce horas que precedieron á su muerte. Que

se equivocaron en tal deducción está probado por el hecho de que en mi proceso todo testimonio tiende á demostrar que él debía estar insensible por el licor bebido y que solamente en aquellas condiciones yo lo habría podido matar, hecho tan explícito y patente que el erudito juez en su argumentación lo comentó largamente.

Después de la muerte de Pitzel recogí sus varios documentos de títulos ó cesiones de propiedad en mi favor, que él, tras mis insistencias, había firmado pocos días antes de su muerte. Yo también escribí el telegrama cifrado, vuelto á la compañía de seguros entre mis papeles, después de mi arresto, imitando en el telegrama su letra.

Después de haber colocado el cadáver de modo que por una ventana el sol le diera en la cara todo el día, dejé la gran casa sin el menor remordimiento por el horrible delito.

En el siguiente período de tiempo, de un mes y seis días, no cometí carnicerías, aunque tres semanas después de la muerte de Pitzel tuve la oportunidad de apagar mi diabólica concupiscencia trasladándome al cementerio donde estaba enterrado con el pretexto de llevarme una parte de su cuerpo que me hacía falta para observaciones microscópicas. La corté con un cuchillo, y el cruel modo con que lo hice y el evidente placer que experimentalmente fueron espléndidamente referidos por el testimonio Smith.

Mi proceso está destinado á permanecer mucho tiempo célebre; avisa á los que son inclinados al vicio que la única vía recta es la de evitar hasta la apariencia del mal; es una prueba de la infalibilidad de las leyes, si bien soy condenado á la soga solamente bajo pruebas circunstanciales.

Responderé ahora á dos preguntas que se me han hecho frecuentemente: 1ª ¿Por qué no presenté ninguna defensa en el proceso, que habría podido reportarme alguna ventaja? Respondo que ante las investigaciones del *detective* Geyer, imposible de ofuscar, y ante la docta relación del Dr. Leffrun habría sido malgastar la energía de mis abogados empeñarme en hacer comprender al jurado que se trataba de un suicidio y no de un asesinato.

2ª Pitzel, durante los ocho años que sostuvo relación conmigo, ¿tuvo conocimiento de que yo era reo de muchos homicidios y, sabiéndolo, tomó parte en algún delito? Respondo que él estaba en la completa ignorancia de mis crímenes, y menos podía ser mi cómplice. Recomiendo calurosamente que se crea esta declaración, para rendir justicia á su memoria y en atención á los miembros todavía vivos de su familia. En corroboración de esta afirmación recordaré, por ejemplo, que seis meses antes de su muerte había determinado abiertamente, de acuerdo con su mujer, mandar á su hija Alicia á la escuela por un año, creyendo que la señorita Williams pensaba en abrir un establecimiento de educación en Boston.

(Continuará)

H. H. HOLMES

## El Jurado en materia criminal

### Su implantación en la Rep. Argentina<sup>(1)</sup>

#### Consideraciones particulares

Las ideas generales que expuse anteriormente sobre el Jurado, y que enseguida han sido mejor autorizadas por varios órganos de publicidad, sin distinción de idiomas, parece que bastaron para sostener sólidamente en nuestro país el edificio institucional, que tan bien cimentado se encuentra en naciones de razas y sistemas políticos distintos, como Inglaterra, Alemania, Rusia, Francia, Bélgica; Italia, Suiza y congéneres de Europa y América.

El procedimiento, la manera de practicarla es tan digno de consideración, como lo es la misma unidad y solidez del edificio legislativo.

La constitución nacional, á diferencia de un modelo, ha establecido unidad de legislación sustantiva entre los Estados, pero deja á cada uno la libertad de legislación procesal ó adjetiva no exceptuada en la misma constitución.

Los conflictos fundamentales entre una y otra legislación, salvables al fin por la jurisprudencia de la Suprema Corte Nacional, no tendrían razón de ser en la capital federal, ni territorios nacionales en donde ambas legislaciones son dependientes de una sola y exclusiva soberanía. En los Estados que forman la confederación, el fuero federal es la excepción. La gran mayoría de los negocios ó asuntos relacionados con las leyes nacionales en su vasta acepción de civiles, comerciales criminales, pertenecen á la jurisdicción local cuya jurisprudencia multitud de veces ha discordado y roto la unidad de interpretación de los códigos y leyes nacionales, sin recurso.

Las reflexiones precedentes entrañan variadas cuestiones jurídicas de orden nacional y provincial, cuya sola planteación, ni cabe en el programa de la revista periódica que da hospitalidad á estas líneas, ni sería de oportunidad desarrollar, dado el objeto primordial que las motiva.

De más no estaría enunciarlas juntamente con la observación de que, si una *forma* de enjuiciamiento criminal ha sido *instituido* en la constitución nacional, la misma lo ha sido también en cada una de las provinciales, amalgamándose así, sin obligación ni violencia, en un todo armónico y homogéneo del que surge triunfante la unidad y solidaridad legislativa.

¡He aquí hermanadas en un solo escudo y en una misma bandera, fueros, autonomías, preeminencias geográficas etc., cuando de instituciones se trata...!

Habiendo, pues, unidad de vistas respecto de la institución del juicio por jurados, parece que

sería lo natural establecer una regla de procedimientos uniformes en la república; pero no siendo esto posible ante la diversidad de fueros y de circunstancias locales, al menos una ley se impone como ejemplo y estímulo (Art. 102, Constitución nacional). En honor de la verdad, ninguna Provincia ha pretendido legislar en oposición á las leyes nacionales. Si ha habido excepciones, éstas han sido luego corregidas por otras leyes ó por la jurisprudencia de los tribunales con asentimiento general.

Y esa ley nacional por limitada que sea á su propio fuero, entiendo que debiera también calcularse para su extensión combinada en las Provincias en donde también funcionan jueces federales. De todos modos, ellos han de tratar de armonizar la legislación y prácticas inherentes, del mismo modo que cuando se trata de otros asuntos trascendentes auspiciados por la constitución nacional que es el modelo obligatorio, bajo facies distintas.

A mi juicio, lo práctico sería empezar por la implantación del jurado en la capital federal y postergarla para tiempo más ó menos próximo en los Territorios nacionales y Provincias por razones fácilmente comprensibles. La Metrópoli argentina cuenta con millares de ciudadanos capaces de desempeñarse cumplidamente en las funciones de jurado, y por su cultura general, por su influencia legítima en todos los demás centros de población, y por muchas otras circunstancias de orden histórico político y social, — está llamada á implantar primeramente el jurado, á ensayarlo y prestigiarlo con sus prácticas y enseñanzas públicas.

La ley del Jurado tendría pues su primera aplicación en la capital de la República y bajo de sus bases más fundamentales se extendería luego á los Territorios y Provincias.

Muy digna de reflexión tiene que ser esta primera ley para no exponerse á un fracaso ó á debilitar la importancia de la institución y los fines que las constituyentes tuvieran en vista al adoptarla.

Considero que el proyecto de ley sobre publicaciones que sancionó el Senado Nacional en Setiembre de 1886, con base del Jurado, podría servir de punto de partida. Al fijar las funciones y procedimientos del Jurado se consultó los proyectos y estudios hechos con anterioridad, adoptándose todo aquello que podía tener aplicación dentro de las líneas trazadas en dicho proyecto de ley.

Según este, en cada caso de enjuiciamiento no debía organizarse sino un solo Jurado para la apreciación de los hechos y de cuyo veredicto únicamente procedería el recurso de nulidad. El Jurado de acusación que existe en Inglaterra y otras naciones, no existe en Francia, ni en muchas otras; y aun en las primeras es combatido por considerarlo un engranaje inútil del procedimiento, pues basta la acción del Ministerio Fiscal y de los particulares ofendidos por el delito para motivar el proceso.

En el mismo proyecto á que aludo se establece

(1) V. Entregas Nos. 1 y 5.

también lo relativo á las condiciones para ser Jurado, la manera de elegirlos, de formar el tribunal el procedimiento ante el mismo, las funciones de los jueces de derecho, etc., etc. Modificado y ampliado convenientemente podría, como digo, servir para la confección de una ley de fácil aplicación.

Es de advertir que el mismo proyecto ha sido convertido en ley en algunas provincias, pudiendo asegurar que en la de Jujuy se ha aplicado sin dificultades.

Los límites de este artículo no permiten mayores extensiones sobre esta parte importante del procedimiento, pero al menos condensaré brevemente algunas de las disposiciones y precauciones que á mi juicio debiera contener la ley del Jurado á fin de asegurar su arraigo y progreso.

Helas aquí:

Art. — Especificando los delitos más graves de que deba conocer el Jurado. (Este sistema es preferible al de fijar la competencia por la naturaleza de la pena).

Art. — La ley no impone á los Jurados los medios por los cuales pueden formar su convencimiento; solo les exige la manifestación sincera de sus opiniones sobre los hechos llamados á juzgar, teniendo en cuenta las resultancias del proceso.

Las solemnidades ó los requisitos de derecho en materia de prueba, de ningún modo les ligan.

Art. — El tribunal del Jurado se compondrá de 12 miembros presididos por el Juez del Crimen, bastando 8 para la formación de quorum.

Asistirán, además, á las audiencias dos Jurados en calidad de suplentes, á efecto de sustituir á los titulares en caso de algún impedimento posterior á la constitución del Jurí.

Art. — Los Jurados declararán la culpabilidad de los procesados respecto de los hechos que en concepto de delito les atribuya la acusación y de acuerdo con lo que al respecto se establezca en la ley.

Art. — Para ser Jurado se requiere, conjuntamente, las condiciones siguientes:

1º. Ciudadanía en ejercicio con un año de residencia en el lugar del juicio.

2º. Edad de 25 á 65 años.

3º. Tener á nombre propio ó de su mujer legítima bienes raíces por los cuales pague contribución directa, mayor de 50 \$, ó ser administrador de algún establecimiento industrial ó comercial sujeto á una patente de 100 \$ por lo menos, ó ejercer una profesión liberal con título universitario nacional.

4º. Gozar del concepto de honorabilidad y buena fama.

5º. Saber leer y escribir.

Art. — La lista general de Jurados será formada anualmente ó cada dos años por una junta compuesta de un Vocal de la Cámara de lo Criminal designado por ésta, el Fiscal de la misma, el Auxiliar del Jurado, por el Presidente del Concejo Municipal, Intendente del mismo, Gefe de Policía y Administrador de Rentas, bajo presidencia del primero, y teniendo por Secretario al Auxiliar del Jurado.

Art. — En los casos en que según el Código de Procedimientos el sumario pase al Juez de sentencia, éste, previo dictamen fiscal, resolverá si la causa es de competencia del Jurado.

Art. — Los Jurados se constituirán en sesión secreta para deliberar si las pruebas ofrecidas son ó no admisibles según su conciencia y entender.

Art. — Además de la resolución fundamental sobre culpabilidad ó inculpabilidad del acusado ó acusados y á fin de precisar ésta y de facilitar la sentencia del Juez de derecho, el Jurado contestará afirmativa ó negativamente las preguntas ó cuestiones incidentales que durante el juicio hayan sido declaradas pertinentes.

Art. — Las sesiones del Jurado tendrán lugar en recintos adecuados para la concurrencia del público.

Art. — Después de pronunciado el veredicto, el Juez del Crimen procederá á dictar sentencia con arreglo á derecho, dentro del término de cinco días tomando por base, en cuanto á los hechos, el veredicto del Juez.

Art. — La presente ley será aplicable también en las Provincias y Territorios nacionales paulatinamente y á la medida que el P. E. lo estime conveniente, previos informes de las autoridades locales.

Art. — Queda facultado el P. E. para reducir en dichas localidades el número de la lista general de jurados, pudiendo introducir modificaciones adecuadas que no alteren las prescripciones fundamentales de esta ley.

Art. — Las leyes vigentes en materia de procedimientos penales serán aplicables en los juicios de que esta ley trata en cuanto no estuviera especialmente previsto y no se opusieran á ella.

En título especial debiera precisarse las modificaciones de la ley vigente de procedimientos empujando por la supresión del secreto del sumario, salvo excepciones, oficio del juez en defecto de acusación, duración de los sumarios, improcedencia de las recusaciones sin causa de las jueces sumariantes, y terminando por los concordantes en los tribunales de derecho. Celeridad y garantía de los procedimientos, evitando la chicana y la desnaturalización del juicio por jurados de ser una preocupación constante.

Las ideas que sin pretensiones criticables, tengo manifestadas en esta y otras publicaciones, acerca de la bondad de la institución del jurado, de la imperiosa necesidad de que se cumpla la constitución nacional, aun que fuera por ensayo, y de los procedimientos más sencillos y prácticos para su ejercicio, si tienen algún mérito, serán los que puedan surgir de mis esperiencias en la magistratura nacional, de alguna dedicación especial á la materia, y de las aspiraciones de cualquier ciudadano amante del progreso institucional de su país. Por algo es necesario empezar, librando á otros mejor preparados la pulimentación y el perfeccionamiento posible.

No dudo que aunque en el momento prevalezca un criterio diametralmente opuesto, la popular institución ha de abrirse camino é imponerse al

fin. El mismo congreso ha de encontrarse contrariado por los preceptos constitucionales si pretendiera continuar legislando los procedimientos criminales bajo el sistema actual, pues ya tarda demasiado en afrontar resueltamente la magna cuestión, sea en favor, ó en contra, siendo necesario para esto último decretar la reforma de la constitución y provocar la revisión de todos los artículos referentes al jurado. Seguramente en la nueva ley orgánica de los tribunales que se anuncia, no se respetará el art. 64; "Mientras no se establezca el juicio por jurados, los jueces de lo criminal conocerán....."

Si, por mi parte, estuviera equivocado complazcome en estarlo entre autoridades tan superiores á la mía como serían los constituyentes, escritores y publicistas distinguidos que antes de ahora se han preocupado seriamente de la materia, lo mismo que otros con quienes en la actualidad venimos compartiendo opiniones y propagandas en pro de la aclimatación en tierra argentina de esa planta de la democracia y de la libertad que se denomina "El jurado"

JULIAN L. AGUIRRE.

Bs. As., Abril de 99.

## Estudios Carcelarios

### Una visita á la Penitenciaría de Sierra Chica

Amigo sincero y huésped agradecido de la Argentina, voy acumulando en mi *album* de observador y estudioso de sociología, particularmente en lo que atañe la criminalología, las impresiones, observaciones y datos especiales de todo lo que pueda llamar la atención de los trabajadores intelectuales, llamados á formar el pensamiento científico de este país joven y lozano.

Intercalada á los viajes y á las investigaciones que se relacionan con mis estudios predilectos de sociología general, estoy á la vez cumpliendo una peregrinación melancólica é interesante al mismo tiempo, al través de las casas y colonias penales de la República, para estudiar el sistema carcelario de la Argentina y á su vez la población dolorosa que en aquellos sitios se aglomera.

En estos razgos no haré más que dar una forma descriptiva á los apuntes tomados directamente y con el mayor cuidado de los lugares ya visitados, consultando documentos é interrogando con sumo interés á las personas que se me presentan.

Quiero cumplir este trabajo austero sin

conceptos preestablecidos, sin afirmaciones apriorísticas, sin declamaciones inútiles.

Positivista en el significado más sincero de la palabra, sé que la sola verdad, sea cual fuera (hasta la realidad del dolor) debe ser la estrella polar de toda indagación moderadamente científica.

Quiero que este análisis del sistema penal argentino, y del modo como funciona en sus diversos establecimientos, conduciéndome á un estudio comparado con los institutos análogos de otros pueblos de la América del Norte y de Europa, que ya he visitado, me den el modo de sacar para los estudiosos, y para mí entre ellos, algunas conclusiones generales sobre la eficacia de los actuales sistemas represivos del delito.

Ante todo, acumularé el material de los hechos y de las cosas observadas, y ellos hablarán en su fotográfica desnudez, con más elocuencia que toda retórica bien preconcebida y mejor coordinada.

Las conclusiones vendrán después.

Respecto de los delincuentes que yo he creído dignos de mención particular, acompañaré á las fotografías ordinarias, tomadas expresamente por mi colaborador, en esta primera etapa de estudio, las descripciones antropológicas de los mismos.

Visitar los presos está, entre las obras de caridad, en los cánones de la iglesia católica. Para el criminalista moderno, esa caridad debe ser sentida como un deber científico.

Es ahí, tras de aquellas puertas de rejas, sobre cuyo umbral vigila, á más del centinela, un fantasma secular de robo y de sangre que atormenta como incubo á la humanidad en sus vías mejores de luz y de gloria; es ahí, dentro de los corredores largos, blanquecinos y silenciosos, semejantes á las galerías de cementerios, que es preciso entrar — no con la curiosidad periódica en el relato del dolor ajeno, para desparramarlo luego á la muchedumbre desocupada, sino con la religión de quien cree hacer un trabajo augusto, indagando al través de las formas, el misterio de las almas — viviseccionando, sobre la línea de las anomalías orgánicas, de las lesiones fisiológicas, de las atrofas morales, la psíquis tenebrosa en la cual el pensamiento criminal se desencadena en tempestad con-

tínua, tal como en un verdadero cielo natural: buscando descubrir cada vez más la íntima cadena que une la vida orgánica á la intelectual y moral del hombre.

No será por cierto un trabajo genial el que yo cumplo, pero siento poder decir que él es concienzudo é hilvanado en una trama tejida de observaciones jamás interrumpidas y no de imaginación, como pudiera suponerse.

Sin duda, en medio de la exposición árida de los resultados positivos de esta investigación científica, el sentimiento, buen consolador de la fría razón, hará sentir de cuando en cuando, la palpitación de sus deseos y de sus esperanzas: pero, como el perfume de los naranjos lejanos que acelera las pulsaciones del velero navegante á lo largo de las costas de la Sicilia, no le hace desviar el señalado camino del fácil descanso sobre la próxima playa—así mis peregrinaciones al través de esos núcleos en penas no me harán perder de vista la meta humanamente austera.

La piedad no será más que el estímulo en busca de la verdad; pero de la verdad santa sobre la anatomía de las cosas observadas y no por las inclinaciones, si bien caritativas del ánimo.

El respeto por los sufrimientos de esos enterrados vivos y la prudente reserva en los juicios que impone la personalidad humana, aunque y sobre todo cuando se trate de espúreos de nuestra sociedad, sin embargo no deben retardar las indagaciones, allí donde ellas pueden ser fecundas de resultados vivos y palpitantes, no pueden substraer á la ciencia el solo material de observación, de donde se pueda entresacar algo que no sea la árida teoría de las escuelas metafísicas de la criminalología.

Y ese material es el hombre: El hombre que ha faltado, el delincuente hacia el cual las ciencias sociales y antropológicas tienen el derecho de encarrilar todo el esfuerzo de sus investigaciones, lejos, á la vez, de la vana curiosidad del vulgo y de los escrúpulos por demás ridículos de los espiritualistas.

Miguel-Angel tenía que estudiar de soslayo la anatomía, juzgada cosa de herejes para crear los milagros del arte.

Y la cirujía ha tenido que luchar durante muchos siglos contra los prejuicios,

para poder conquistar su derecho de libre examen sobre los organismos humanos, por el bien de la ciencia y de la humanidad. Ahora, como no era ni es profanar los muertos, analizar los tejidos para la salvación de los vivos, así no es ultrajar la naturaleza humana, buscar en el organismo de los delincuentes las causas fisio-psíquicas del delito, por la defensa de la sociedad y por la regeneración, si es posible, del mismo delincuente.

La investigación carcelaria-antropológica que empiezo en estas páginas, no es pues una vanidad de cronista *dilettante*, con el objeto de proporcionar un pasatiempo malsano á los lectores y cruel para los desgraciados, (para nosotros positivistas, la culpa es una desventura) que son seres humanos pasados en revista.

Ella es un resumen severo de un modesto fragmento, que tengo la conciencia de llevar al edificio, que se está elevando, por la joven escuela Italo-Argentino de sociología y de antropología criminal.

## I.

### LA PENITENCIARÍA

En las faldas de una altura pintoresca, toda ella de rocas graníticas que se alza como un oasis del sentido visual por la infinita uniformidad de la Pampa, surge la Penitenciaría que, de las colinas cercanas, toma el nombre de *Sierra Chica*.

Fué fundada en 3 de Noviembre de 1882, por veinticinco condenados y algunos obreros, y en su origen no fué más que un grupo de cabañas.

Distante 359 Ks. de Buenos Aires, á dos leguas de Olavarría á cuyo Cuartel 2º. pertenece y á 5 Ks. de la estación Hinojo, la cárcel de Sierra Chica que es la más importante de la Provincia y sigue en ese orden á la de la Capital Federal, se ha desarrollado con una rapidez relativa desde sus humildes orígenes, más por la actividad inteligente é incansable de su Director el Dr. Miguel Costa, que por la premura (conviene decirlo) de los legisladores platenses.

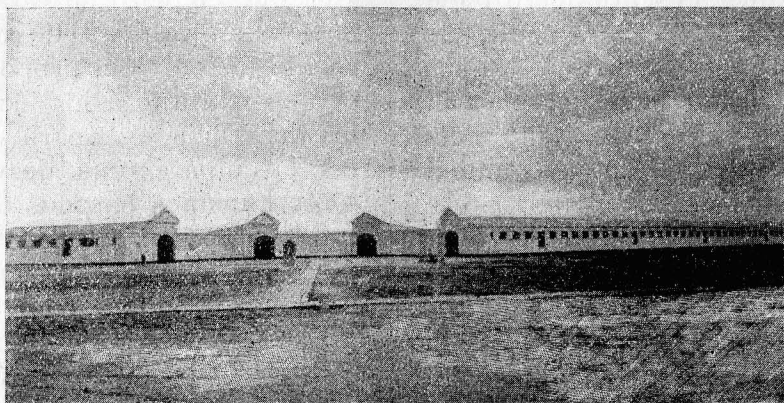
Actualmente se ha completado el grandioso muro de circunvalación, todo de granito, que mide 1200 metros en los cuatro costados.

Entrando por el gran portal, y pasando los dos cuerpos de edificio de estilo euro-

peo contruidos lateralmente al patio de ingreso hacia el cual converjen las oficinas, se muestran en el frente en cuádruple fila que conduce á las cuatro puertas de entrada, dispuestos á su vez en semicírculos, los pabellones destinados á la custodia de los penados.

El Sr. Vucetich empieza por fotografiar el blanco *giron* de las penas, mientras se desencadena en la atmósfera, como sobre las *bolgia* dantescas, un violento huracan.

Entramos. A lo largo de los pabellones desfilan, con el semblante de cera, los ojos vidriosos de gente condenada al silencio y á la soledad, los penados, en sus vestimentas rojas, con el rojobirrete de la infamia en la cabeza.



Dejando aparte todas las demás consideraciones sobre la eficacia negativa de estas coreográficas divisas, puestas al delincuente en casi todos los países civilizados como estigmas de oprobio, me parece, ante todo, extraña esta preferencia por el color rojo para los uniformes de los reclusos de Sierra Chica.

Simbólicamente, ese color representaría la sangre con que se ha manchado la mayor parte de aquellos seres, y se entendería significar con él que este tipo sanguinario cava ahora el abismo entre los criminales y la gente honrada.

Pero el símbolo fracasa ante los desastrosos resultados que él produce.

No es necesario observar que el color rojo de sangre es psicológicamente el menos aparente para acallar los recuerdos, los estímulos y delirios de estragos y de violencias pervertidoras del abismo de estos organismos anormales marcados por las injusticias de la naturaleza ó de la sociedad con el sello trágico del delito.

Para gravar esta inhumana y contraproducente circunstancia del uniforme rojo, por una imposición anticuada de la ley argentina, se recluye á los penados en los

llamados aniversarios del delito durante treinta días, segregándolos en la senda aislada á fin de que *mediten sobre las perversidades cometidas y se arrepientan*, etc.

Nada, como se vé, de más ascético (según las antiguas tradiciones españolas de la inquisición) pero nada también menos científico y menos racional que esta especial disposición carcelaria.

Cualquiera que posea los más elementales conocimientos de la psicología de la cárcel, debe convenir hoy en que la soledad áspera de la celda, no puede conducir - como lo demuestran las estadísticas - sino á tres conclusiones opuestas á aquellas que tan irracio-

nal medida se propone: la locura, el suicidio ó la fermentación cada vez más peligrosa de los instintos anti-jurídicos que han arrastrado al desgraciado al precipicio, bajo las presiones del ambiente social á cuyo contraste su organismo inadaptable, explotó en el acto delictuoso que fué causa de su ruina. Ahora bien, precisamente este acto delictuoso, las pasiones ó instintos que lo determinaron, los odios y las consecuencias que la acompañaron, constituyen la reconstrucción mental que en el silencio sepulcral de la celda y en esos días aniversarios del delito, debe hacer el delincuente de la escena brutal en que hirió, asaltó ó violentó á su semejante, de tal modo que se le pone en la obligación de reconstruir con la fantasía solitaria toda la sanguinaria obra de muerte que fué también su suicidio moral, reviviendo los mismos rencores, volviendo á sentir los mismos tumultos feroces del alma, y siendo espiritualmente más asesino, salteador ó ladrón.

Y mientras el pretexto moral de la pena, según las legislaciones clásicas, es la *enmienda del reo*, con este sistema de los aniversarios de delito, en vez de sofocar

(hasta donde sea posible con las penas) las tendencias criminosas del condenado, apagando el recuerdo del acto cometido y de las causas que lo produjeron,—renueva por el contrario de año en año la visión, las rábias, las sensaciones morbosas.

Ya que el remordimiento, el romántico remordimiento—dulce esperanza de los clásicos—cuando asalta una conciencia en que no se haya apagado el sentido moral, no es absolutamente efecto racional de tal ó cual pena aplicada al culpable, sino y casi siempre reacción psíquica natural que se manifiesta especialmente en los delincuentes pasionales, cuando la tempestad de las pasiones se disipa al serenarse la razón, así como á la vuelta

del sol la naturaleza parece casi amedrantada ante el espectáculo del exterminio y destrucción dejado por el furioso huracán.

Y la psicología positiva de los criminales ha demostrado hoy que estas formas de agravación solitaria de las penas, y mucho menos la celebración de estos aniversarios metafísicos del delito, no son ciertamente los medios aptos para llevar el remordimiento á aquellos organismos psíquicos, en los cuales la mayor ó menor atrofia del sentido moral depende de una lesión congénita ó adquirida y más ó menos profunda de los centros nerviosos, donde residen la inteligencia y el sentimiento.

Sobre estos organismos semejantes medios no hacen más que aguzar, á través de sensaciones retroactivas, las causas psicofisiológicas que generaron el hecho criminoso, familiarizando, por así decirlo, al delincuente con el hecho delictuoso, polarizando su atención hacia este último, y haciendo habitual en su ánimo la contemplación pervertidora de que, por todos los medios, se debiera cancelar.

Cambiando estas observaciones con el Director de la cárcel de Sierra Chica, que es un inteligente y escrupuloso observador

de los fenómenos psíquicos verificados entre los reclusos, más que un admirador de las áridas fórmulas reglamentarias, llegamos á augurarnos que mientras que la legislación penal argentina está renovándose al soplo de las nuevas corrientes científicas de la criminalología, los magistrados del país han de dejar de lado, en sus sentencias, estas absurdas providencias de los *aniversarios del delito*, que son una ruina

harto destruída por la experiencia y la observación positivas; imitando así á los magistrados ingleses, que hacen caer en desuso, no aplicándolas más, aquellas disposiciones legislativas, ó rescriptos, que tanto contrastan con la índole evolutiva de los tiempos actuales

y con los progresos del saber humano.

Los últimos grupos de reclusos estaban alineados delante de la entrada al pabellón donde se había celebrado una misa.

Nosotros habíamos asistido á la escena característica desde el pequeño corredor que, por una reforma inteligente, ideada por el actual Director, pone en comunicación entre sí los cuatro pabellones en que están encerrados los penados.

El altar ha sido erigido al fondo de una de las galerías centrales, y los condenados estaban en pie militarmente alineados, con la cabeza descubierta, mudos, rígidos como estatuas, en el trágico hábito rojo, mientras de las ventanillas redondas descendía una luz mortecina y, de cuando en cuando, el reflejo de los relámpagos.

A la voz del sacerdote, que resonaba lúgubre en las amplias ondas sonoras, parecía responder, desde la inmensidad lejana de la Pampa, el fragor del trueno. Y aquellas cabezas rapadas hasta semejar calaveras, vistas desde atrás del sitio en donde yo estaba observando, se plegaban uniformemente, en ciertos puntos de la ceremonia, cuando el oficiante pronunciaba las fórmulas más solemnes. Se curvaban con



el ritmo mecánico de las espigas, bajo estas ráfagas de palabras, sin arranques, sin fervor. Y los mismos que ponían cierta religiosidad en el acto, lo ejecutaban en forma de un ejercicio reglamentario. He observado, después, que algunos de estos desgraciados llevan sobre el cuerpo (especialmente los condenados por los hechos más atroces) medallitas, estampas de vírgenes, pequeños crucifijos y demás amuletos. Pero he encontrado también que, en el mayor número de los casos, la devoción de los condenados, en estas prácticas externas del culto, oscila entre la superstición y el pasatiempo.

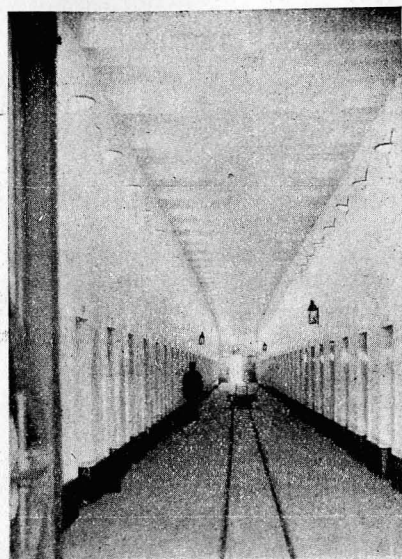
Concluída la misa, el oficiante pronunció un sermón, en el que habló, en un español temerario, con acento netamente italiano, de los pecados del pensamiento, de las suposiciones malignas, de la poca sinceridad con el prójimo, un discurso, en fin, para ser pronunciado oportunamente ante un auditorio de honestas comadres, y que me hizo pensar, con melancolía, que en la vorágine obscura de muchos de estos espíritus, en que quizá palpitaban aún pensamientos de estragos y de sangre, era pueril hablar así; pero pensé también que hasta el párroco de Olavarría, de donde el sacerdote venía todos los jueves á decir misa en Sierra Chica, por la salvación de estas almas condenadas en la vida, debía participar de este contagio de habitualidad fría y mecánica que había notado en los condenados, al desempeñar su oficio de sacerdote, entre aquella gente muerta y que espectralmente vive.

Y, luego, estos empleados de la fe toman hoy demasiado burocráticamente su misión evangélica, para tentar nuevamente en estos sepulcros de vivos (aun cuando sólo sea simbólicamente) el milagro bíblico de la resurrección de Lázaro.

Después de la prédica los condenados volvieron cada cual á su celda ó al trabajo; el altar fué desarmado en un abrir y cerrar de ojos, y la blanca galería volvió, como al principio, á su silencio espantoso de cementerio.

Una vez que salimos, y encaminándonos por la pendiente rica en magníficas rocas graníticas, que recuerdan singularmente (más aun que las del Tandil) las célebres rocas rosadas de Baveno sobre el

*Lago Maggiore*, el Director nos narraba á mí y al Sr. Vucetich la historia de la cárcel, las dilapidaciones, los abusos, la crueldad de otros tiempos. Después las concesiones hechas á duras penas y con fatigas, por el gobierno de la provincia, para



trabajos, instalaciones necesarias y ahora improporrogables con el progreso de los tiempos y con la creciente importancia del establecimiento.

Yo le hacía observar que esta plaga de las penitenciarías, que no corresponde al progreso de las ciencias, ni á las sanciones mismas de los códigos vigentes, era común á la Argentina como á los países más civilizados de Europa. Recordaba haber visto la pena infame de la rueda, en uso aun en la libre Inglaterra, pena que suscitó un eco de indignación en el periodismo y la opinión pública, cuando se hicieron clamorosas descripciones, después de la condena de Oscar Wilde, el famoso poeta decadente y vicioso.

Recordaba también las cárceles y casas de penas francesas y norteamericanas, siempre en abierta contradicción con la teoría de los sistemas represivos, respectivamente vigentes en esos países. Y recordaba, en fin, la condición miserable de las prisiones y de las penitenciarías de Italia, donde las tres gradaciones penales de *reclusione*, *detenzione* y *arresto*, se cumplen casi del mismo modo, por deficiencia de establecimientos adaptados; y se confunden en las mismas galeras y con el mismo tra-

tamiento disciplinario los condenados políticos y los delincuentes comunes.

Aquí también el género de pena infligida por los jueces pierde su valor en las aplicaciones prácticas, encontrándose, por ejemplo en comunidad, en Sierra Chica, con la misma disciplina penal individuos condenados á presidio y otros á penitenciaría, sin distinción de suertes, creándose así una melancólica igualdad, precisamente donde este alto principio ideal constituye una injusticia *distributiva* del punto de vista clásico, y una ligereza desde el punto de vista positivo.

El Director lamentaba también la falta de una escuela para los condenados, y no repetiré las consideraciones que he hecho ya sobre este argumento, escribiendo en un diario político de la capital, desde que ellas son intuitivas por sí mismas.

Una infinidad de útiles innovaciones podrían hacerse que no costarían al gobierno de la provincia más que la premura de apercibirse que á las faldas de Sierra Chica está el más importante establecimiento penitenciario de Buenos Aires y que él podría fácilmente transformarse de una hacienda pasiva en fuente activa de recursos, para la finanza, y en un instituto verdaderamente moderno en el sentido científico y humano de la palabra.

Bastaría que los poderes públicos de La Plata no se hicieran los sordos eternamente á las modestas demandas que el Director Sr. Costa presenta, cuando ciertas necesidades se hacen premiosas, para que bajo la vigilante y sagaz iniciativa de este funcionario la Penitenciaría llegase muy pronto á poseer todos los requisitos que la Ciencia y la Humanidad imponen.

Sólo á sus esfuerzos debe el establecimiento sus actuales progresos y la importancia que de año en año va asumiendo, como puede deducirse del cuadro estadístico que va al costado, el cual fué sacado escrupulosamente de los registros de la Alcaidía.

Las innovaciones prácticas introducidas por el Sr. Miguel Costa en la disciplina interna del establecimiento son muy interesantes.

Lo que en la mayor parte de las cárceles del viejo mundo es regla, especialmente en las de la Europa latina, es decir,

*Cuadro demostrativo del movimiento de penados desde el año 1890 al 1898 inclusive.*

Años	Existencia anterior	Entrados en el año	SALIDOS					Quedan
			Cumplidos	Por Gracia de la Sup. Corte	Por conmutación del P. E.	Fallecidos	TOTAL	
1890	137	96	9	6	—	12	27	206
1891	206	89	24	13	—	8	45	250
1892	250	102	21	23	—	2	46	306
1893	306	52	16	40	—	0	56	302
1894	302	92	20	27	—	4	51	343
1895	343	8	27	25	—	2	54	297
1896	297	92	27	40	—	8	75	314
1897	314	77	21	44	1	7	73	318
1898	318	124	23	24	3	5	55	387
		732	188	242	4	48	482	

la obligación de afeitar los bigotes á los detenidos, aquí, en Sierra Chica, es una excepción para aquellos cuyo comportamiento merezca una reprobación visible. Y parece que este método, que recuerda el de Roberto Owen en la colonia experimental del «New-Lamark» ha producido sus buenos efectos, porque he visto que sólo poquísimos condenados tenían el bigote afeitado.

Están prohibidas en Sierra Chica todas las penas corporales, no sólo de derecho (que esto sucede hoy en todas partes), sino también de hecho.

La última bola infame que antes se acostumbraba á ligar á los pies de los condenados, es hoy sabiamente adoptada para usos domésticos en el lavatorio del establecimiento.

Mientras que el Director, con legítima complacencia, me hacía la historia del trabajo de largos años para transformar, casi sin recursos, aquella región de desierto, en el grupo casi imponente de edificios que actualmente existe, habíamos llegado sobre la veta de la granítica sierra, donde el Sr. Vucetich, después de haber retratado á muchos detenidos, quiso retratarnos á nosotros y hasta á sí mismo, haciendo abrir, por un condenado, el obturador del aparato.

Frente á nosotros estaba la vasta mesa granítica, sobre la cual corre una voz bastante curiosa.



Alrededor de esta mesa solía sentarse á banquetes, con amigos y.... amigas, en los días en que venía de paseo por la campaña de la vecina Olavarría, Castro Rodríguez, el infamado sacerdote asesino que algunos años más tarde debía terminar tristemente sus días encerrado en la cárcel próxima.

Después de su fracasada fuga, el Gaileote Núm. 13 se había concentrado en sí mismo, como fiera herida, y extinguiéndose á fuego lento de dolor al corazón, mientras las ráfagas de viento le traían por la ventana estrecha el aroma de las hierbas silvestres y el sonido lejano de las campanas, como un eco de cosas muertas sempiternamente para él.

PEDRO GORI

(Continuará).

## Colaboración involuntaria

### Los límites de la experimentación Médica

Haciendo una excepción á la norma que nos hemos trazado al respecto, y en obsequio á la importancia y novedad del caso ocurrente, transcribimos íntegramente el artículo que sigue á continuación, tomado y traducido de *La Semaine Médical*, de París, núm. 21 del corriente año (págs. 83 y siguientes), en la seguridad de que ha de despertar un interés especial en el gremio de médicos y abogados.

Añadiremos tan sólo, como comentario, que,

reprobando decididamente las experiencias que en el artículo se estudian, no titubeamos en considerar, con el *Correspondenz-blätt für Schweizer Aerz*, de Suiza, como verdaderos crímenes científicos, semejantes prácticas en el ejercicio de la profesión, tanto más graves cuanto que en este caso ellos son imputados á verdaderas eminencias de las ciencias médicas, como el Dr. Finger, profesor de la Facultad de Medicina de Viena y autor de nota en el mundo médico, y el profesor Neisser, ilustre descubridor del gonococo de la blenorragia.

Si está generalmente admitido que el médico es civilmente responsable en caso de ensayo de un tratamiento nuevo ó de una operación nueva, sin el asentimiento previo del enfermo, y que puede ser declarado responsable por los tribunales correccionales, á causa de una imprudencia exclusivamente imputable al hombre del arte; ¡con cuánta mayor razón se debe reconocer su responsabilidad cuando, con un fin exclusivamente científico, tienta una experiencia sobre su semejante. Así, no fué sin protestas que se supo, hace algunos años, que un cirujano, después de haber practicado á dos mujeres la ablución de un seno canceroso, había tomado un fragmento de tumor y lo había inoculado á cada una de las enfermas, en el tejido del seno del otro lado. Nadie, por otra parte, trató de justificar semejante proceder, y las observaciones á las cuales acabamos de referirnos, no habrían jamás sido publicadas, si la persona que ha tenido conocimiento de ello no hubiera juzgado que tenían un gran interés científico. En esta época, en que el periodismo político se alimenta muy fácilmente con cuestiones médicas, el público extramédico fué puesto al corriente de estos injertos cancerosos, y un autor dramático, François de Curel, transportó este dato á la escena en una pieza, *La nouvelle Idole*, representada por la primera vez el último sábado en el teatro *Antoine*, de París.

Hay en *La nouvelle Idole* una escena que pinta muy bien el estado de espíritu de ciertos experimentadores. Un médico, ya célebre pero muy ambicioso, inocular el cáncer á una joven tísica que él considera incurable; la enferma es enviada en seguida á las provincias, de donde vuelve á casa del médico, cuando un botón, que no quiere abrirse, le ha aparecido en el seno.

«Mira esta niña», dice el médico á su mujer «es tísica hasta la médula de los huesos y no alcanzará el próximo otoño. Suponte que yo le haya inoculado un mal terrible, siempre mortal; suponte que, gracias á esto, yo llegue á preservar á las madres de familia, á las personas robustas y útiles... ó más bien no supongas nada: esto es un hecho... Francamente, ¿soy yo culpable por haber estudiado en este pobre mezquino cuerpo, condenado á una disolución próxima, el secreto que va á salvar generaciones enteras?»

Su mujer, que sabe ya por la joven que la

afección pulmonar está en vía de curación, objeta á su marido que él no es infalible.

«Imagínate, le dice, que esta niña cure de su enfermedad de pecho y quede con una horrible llaga, fatalmente mortal, causada por tí» — «No me quedaría más recurso que hacerme saltar la tapa de los sesos», dice el médico, «pero ¡ay! yo sé de antemano, con una hora de diferencia, la época en que ella debe morir.»

Después de esto examina á la joven. «Hola, le dice, tenemos mejor semblante... hemos engordado algo... buena mirada, los ojos no muy brillantes... ¿Se duerme bien?» Después de la respuesta afirmativa, el médico la ausculta, la ausculta largamente, con angustia creciente, y por último se levanta pronunciando la palabra «¡Nada!», y dice bruscamente á la joven: «¡Estáis sana!»

La mujer, que ha asistido á la consulta, interviene entonces y pronuncia la palabra «¡Asesino!» y el marido responde lentamente: «Sí, soy un asesino». — «No conozco crimen más cobarde», dice la mujer; «¡una pobrecita sin padres, que no tiene quien la defienda!» — «Ella estaba moribunda... ¡ah! veo que soy culpable, pero lo veo por la primera vez.»

El mismo día que esta escena se representaba en el teatro parisién, un diputado señalaba en el *Landtag* prusiano que un profesor de la Facultad de Medicina de Breslau había inyectado suero de sífilis á ocho individuos, de los cuales cuatro tuvieron la sífilis en seguida. El orador dijo que no encontraba palabras para expresar su indignación contra semejante práctica, y la asamblea manifestó, tres veces, los mismos sentimientos. El ministro de asuntos médicos subió á la tribuna para hacer conocer el sentimiento del gobierno:

«Lo que el orador acaba de señalar, dijo M. Bosse, es excesivamente grave. Una investigación ha sido ordenada, al mismo tiempo que se han tomado medidas para lo futuro. El caso se encuentra actualmente sometido á la diputación científica para los asuntos médicos. Si la investigación confirma los hechos señalados, nosotros nos conduciremos sin tener en cuenta el individuo y salvaguardaremos el honor de la ciencia alemana, á fin de que tales hechos, que yo repruebo completamente, no vuelvan á reproducirse.»

Desde el mes de Mayo ppdo. nosotros conocíamos las experiencias á que acabamos de referirnos, y si hemos guardado silencio ha sido porque creemos que el cuidado de señalarlas en primer lugar corresponde á otros. Una vez que los hechos son del dominio público, nada se opone á que sean expuestos con algunos detalles, tanto más cuanto que el autor de estas experiencias no ha tenido escrúpulo en publicarlas.

Es en el libro *Jubilare*, dedicado al profesor F. J. Pick, formando el tomo XLIV del *Archiv für Dermatologie und Syphilis*, que ellas han sido mencionadas por el profesor A. Neisser, en el curso de un trabajo sobre la seroterapia de la sífilis.

Antes de emprender estas experiencias, en vista de la profilaxis posible de la sífilis por la seroterapia preventiva, M. Neisser se ha preguntado si el suero de los sífilíticos es inofensivo para

los individuos sanos. Él no ignoraba que, en ciertas circunstancias, la sangre puede ejercer una acción infecciosa; pero él se ha dicho que se podía admitir, no solamente por analogía con otras infecciones microbianas, sino también por las investigaciones hechas sobre el hombre, que el suero no conteniendo elementos celulares, está desprovisto de todo poder infectante.

Partiendo del hecho, probado por la experiencia, de que un líquido vaccínico puro y exento de elementos celulares no ha sido jamás el punto de partida de una infección sífilítica, aunque proviniera de pústulas sífilíticas, se ha servido de suero de sífilíticos, conservado durante varios días y aun durante semanas enteras y que ha permanecido estéril.

Con un suero en tales condiciones, ha inoculado ocho mujeres jóvenes, indemnes de sífilis: cinco por la vía subcutánea y tres por inyección intravenosa. Una mujer de la primera serie ha contraído la sífilis; tres años, más ó menos, después de la inoculación, ha entrado al hospital por una sífilis cerebral, sin que se hubiera notado hasta entonces el menor accidente específico. Las tres últimas, es decir, las que han recibido el suero por inyección intravenosa, han presentado todas, ulteriormente, síntomas sífilíticos: una un mes después de la inoculación, otra alrededor de cinco meses y medio, y la tercera un año después. De estas ocho mujeres, cinco eran prostitutas y, de estas cinco, cuatro han contraído la sífilis. Sin negar de una manera absoluta la posibilidad de una infección determinada por las inyecciones de suero de sífilítico, M. Neisser está convencido que estas inyecciones no han sido la causa de la sífilis, porque en todos los casos positivos se trata de prostitutas que podían estar infectadas antes de la experiencia, ó que han podido serlo después, por contactos sexuales. Sea, pero entonces no se hubiera visto la roseola aparecer rápidamente, como ha sucedido en mi caso, donde ha sobrevenido al vigésimo octavo día después de la inoculación. No se hubiera visto tampoco, tres años después de la inyección, sobrevenir una sífilis cerebral sin otros síntomas específicos, en un inoculado que, según el mismo Neisser, ha estado casi siempre vigilado.

La hipótesis emitida por el profesor de Breslau no parece, entonces, plausible, tanto más que el estado primitivo de la infección falta en todos los casos y que es inadmisibles que estas cuatro prostitutas hayan adquirido todas la sífilis por contactos sexuales, sin haber presentado el síntoma inicial habitual de la infección. Además, esta hipótesis está en contradicción, por un lado, con las constataciones hechas antes de la experiencia, puesto que ha sido reconocido que estas prostitutas estaban indemnes de sífilis, y, por otro lado, como no se ha dicho en qué época han entrado al hospital ni en qué época han salido, nada prueba al lector que hayan sido infectadas tan pronto.

La cosa es inadmisibles, á lo menos en uno de los casos, en el que la inyección de suero ha sido hecha primero el 6 de Mayo, después el 10, y la roseola ha aparecido el 3 de Junio.

Por todas estas razones, y por otras más que se podría aducir, parece que no se pueda decir que la inyección de suero de sifilítico no haya sido, en este caso, la causa de la sífilis.

Escribiendo este artículo nosotros, no tenemos la intención de instruir el proceso Neisser, y si hemos puesto á los lectores al corriente de estas observaciones, no lo hemos hecho más que con el único objeto de defender la tesis que sostenemos, sin preocuparnos del caso particular.

Si se objetara que M. Neisser no ha sido el primero en tentar — las experiencias de Neisser datan de 1892 — ni en publicar ensayos de este género, y que otro médico, esta vez un francés, ha relatado en 1895 la observación de un joven, al cual, tres días después de un coito con una sifilítica, le había practicado una inyección de suero de sifilítico, la cual fué repetida todos los días, salvo uno, durante nueve días, contestaríamos que este médico ha tenido... ¿cómo decir?... la feliz casualidad de no comunicar la sífilis á su enfermo, sin lo cual no hubiera faltado una voz autorizada para denunciar el hecho cometido.

Por otra parte, ¿no se ha visto á la prefectura administrativa del Sena rechazar como interno á un joven que se presentó á concurso y que se suponía que se hubiera librado, en las funciones que desempeñaba anteriormente, á experiencias reprehensibles, sin conocimiento del médico y del jefe del servicio?

Así, entonces, se puede avanzar que tales experiencias están condenadas por la moral, porque la moral reprueba que el médico pueda exponer á los que confían á sus cuidados á cualquier enfermedad, sobre todo á una enfermedad contagiosa cuyas consecuencias individuales y sociales son tales como las de la sífilis.

Lo mismo podría decirse de la blenorragia, que ciertos médicos poco escrupulosos han inoculado á gente de buena voluntad ó á moribundos, con un fin puramente experimental. El profesor Welander (de Estocolmo), que había ya inoculado la blenorragia en 1883, ha hecho últimamente nuevos ensayos de este género con el objeto de asegurar la eficacia de un medicamento dado, y ha relatado sus ensayos en el mismo volumen donde Neisser ha hecho conocer sus experiencias. Casi al mismo tiempo (31 de Mayo de 1898) el profesor Finger (de Viena) inoculaba también con éxito la blenorragia al hombre. Una revista médica suiza, el *Correspondenzblatt für Schweizer Aerzte*, ha denunciado dos hechos en su número del 1º de Febrero de 1899, titulando su artículo: «Crímenes científicos», y terminando con estas palabras: «Esto es patología experimental criminal, contra la cual se debe protestar en nombre de la profesión médica y en nombre de la humanidad.»

Frente á tal estado de cosas, que el profesor Virchow, en un discurso pronunciado el último lunes en el Landtag prusiano, ha atribuido á falta de lógica (*Mangel an Logik*), consecutiva á lo defectuoso del sistema actual de instrucción, es bueno mostrar al cuerpo médico la vía peligrosa en la cual se inclinan á penetrar ciertos médicos que desconocen el límite de la experimentación mé-

ca, y buscar una regla de conducta, que hiciera, por decir así, la demarcación entre lo que está permitido y lo que está prohibido.

Esta regla se la puede encontrar, colocándose exclusivamente del punto de vista del enfermo que reclama los cuidados de un médico.

Todo lo que, *aunque fuera nuevo*, (tratamiento ú operación) puede ser útil á la curación del paciente, sin perjudicar su estado ó su salud, todo esto podrá ser tentado con el asentimiento previo del enfermo, siendo el médico responsable de las imprudencias que cometa en el ejercicio de su profesión.

Todo lo que no tiene ninguna relación inmediata con la curación del enfermo y que es susceptible de perjudicar á su estado ó salud, todo esto no puede ser tentado ni con ni sin el asentimiento del paciente.

## “Delincuentes que escriben”

### Y escritores delincuentes

Lino Ferriani, cuyos estudios sobre la psicología criminal de los menores delincuentes son favorablemente conocidos, y cuyo notable trabajo «*Delinquenti, Scaltri e Fortunati*» le ha merecido elogios de los más distinguidos criminalistas y sociólogos, acaba de publicar un libro interesante, lleno de datos y observaciones, sobre el epistolario de los delincuentes.

Los «*Delinquenti che scrivono*» podían haber sido los escritores delincuentes. Y, sin la menor duda, antes de abrir el libro la mayoría de los lectores esperaba un estudio sobre ellos: tal es la sugestión del título.

En efecto: ¿pueden las obras de índole literaria revelar una tendencia criminal existente en sus autores? Sí. El fárrago de libros dados á la publicidad por muchos de los corifeos del moderno estetismo, hueco y abstruso, cobijados bajo los estandartes de las escuelas literarias que han florecido en Francia durante los últimos quince años, constituye una obra eminentemente antisocial, por cuanto implica la negación de los sentimientos, las ideas y los ideales que impulsan y guían á la humanidad hácia las futuras formas de vida social que tienen sus cimientos en una mayor libertad individual y colectiva implantada sobre el substratum incommovible de la asociación y la solidaridad.

Es así que Nordau ha podido demostrar en cierta literatura una evidente degeneración; y es así también como los recientes estudios, informados en criterios rigurosamente científicos, sobre Schopenhauer, Alfieri, Leopardi, Byron, Poe y otros espíritus, geniales han mantenido en el campo de una fecunda y productiva polémica la cuestión planteada en Italia por Lombroso con su célebre libro «*Genio e Follia*», transformado después en «*L' uomo di Genio*».

Y más que una verdadera degeneración, la criminalidad misma, indiscutible, salta á la vista recorriendo la producción literaria contemporánea. El año pasado el profesor Patrizi, en su talentoso libro «Passione criminale ed estetica», denunció los verdaderos delitos constituidos por muchas de esas páginas malsanas. Es así que en ese puñado de superhombres vive latente el loco criminal, cuyo ideal artístico consiste en el «placer estético perverso», manifestado bajo forma de «bellos gestos» y de «pecados radiosos», y cuyo sueño sería extasiarse «ante llamas de pasiones perversas pero titánicas, ante el relampaguear de un bello delito, ante las magníficas matanzas á arma blanca».

Los individuos que así piensan, y que constituyen un núcleo homogéneo de criminales que escriben, forman esa escuela de la «divinidad del arte», que comienza en Schelling y llega hasta el loco genialmente antisocial que nos legó su «Así habló Zarathoustra» y su «Más allá del Bien y del Mal», como documentos probatorios de la morbosidad de su genio. Ante tales artistas y tales concepciones del Arte y la Filosofía, el ilustre Patrizi sostiene que la ciencia está en el deber de estudiar el «crimen estético», de la misma manera que ya estudió el «crimen político».

Lombroso, al citarlo, al mismo tiempo que á Nordau, en su «Genio e Degenerazione», muestra como el delito por finalidad estética puede asumir la forma de delito contra las personas, contra la propiedad, contra la moral y el pudor; Luis de Baviera, que maltrata á los actores que no quieren recomenzar un melodrama wagneriano que acaban de representar; el compositor Baieldieu, que permanece escondido, durante 24 horas, entre los asientos de la platea para gozar por segunda vez, gratuitamente, una audición musical; Wilde ó Verlaine apoteosizando la pederastía como un enamoramiento estético y proclamando tan grande al que inventa un nuevo pecado como el que inventa una nueva religión.

Se ve, pues, que sobran elementos y razones para estudiar á «los escritores delincuentes.»

Sin embargo, Ferriani no se ha propuesto el estudio de ese interesantísimo problema: ha limitado su obra á coleccionar y examinar documentos de psicología criminal, sacando de ellos conclusiones útiles para una mejor defensa social. Verdad es que el plan de la obra pudiera ser más amplio al mismo tiempo que más científico. *Más amplio*, porque entre los delincuentes comunes es fácil encontrar cierto número que tiene veleidades y pretensiones literarias; los hay poetas, y yo he podido observar un caso característico cuya documentación conservo, novelistas, moralistas (mejor diríase «amoralistas é inmoralistas») y hasta filósofos, que tienen modalidades propias de exteriorizar las productos mórbidos de su mente anormal, y rasgos comunes característicos en su estilo. De la misma manera que se encuentran relámpagos de genialidad en las fronteras de la locura, puede encontrárselos en las fronteras de la criminalidad. ¿Qué sabemos de positivo é indiscutible sobre las innumerables anastomosis existen-

tes entre el genio, la locura y la criminalidad en sus vinculaciones con las psicopatías y la degeneración? El repertorio necroscópico de la anatomía del cerebro poco nos ha enseñado todavía sobre las características topográficas del genio, de la locura y de la criminalidad, y está tan lejos el haberse demostrado un parentesco anatómico entre el primero y la segunda como entre el primero y la tercera. Así como hay locos geniales, hay criminales geniales. Lo que sucede es que en muchos de éstos la genialidad hace que pase desapercibida la morbosidad criminal.

*Más científico*, porque en el análisis hecho por Ferriani está completamente ausente el método y el criterio científico que debe presidir el examen del lenguaje gráfico en un grupo de individuos que tienen una forma de degeneración común. Y en este caso, más que cualquier argumento, servirá el recordar, como ejemplo, el método de examen semesótico seguido por el profesor E. Morselli para estudiar las alteraciones del lenguaje gráfico en los alienados: 1º examen de las alteraciones en la ejecución material de la escritura (Discinesiografías), que comprende el examen del acto de escribir en los locos y del producto de la escritura; 2º examen de las alteraciones del mecanismo interno en la función escritura (Disendografías), que comprende las disendografías amnésticas (dislexia y agrafia) y las disendografías hipermnésticas; 3º examen de las alteraciones en la compilación y el contenido de la escritura (Disgramatografías y Dislogias gráficas).

Se ve que el método de Morselli es, si no perfecto, lo menos imperfecto que puede pretenderse dado el estado presente de este grupo de ciencias. ¡Cuán lejos de él está el método de análisis psicológico inmediato seguido por Ferriani al estudiar los escritos de los criminales!!... Ferriani estudia solamente aquellas de las dislogias gráficas relacionadas con perturbaciones del tono y la calidad de los sentimientos (emotividad, afectos patológicos, falta de altruismo, etc.) y sobre todo de la conducta (amoralidad, impulsividad, etc.). Su obra es, *científicamente*, incompleta por ausencia de método. Sin embargo, ocurreseme preguntar, en defensa y justificación del autor: ¿cuántos de los estudios inteligentes y eruditos producidos por los que estudian sociología ó psicología criminal pueden salvarse de idéntico reproche? Recordemos que Lombroso, punto de partida de todos los estudios contemporáneos, no ha sabido escribir un solo libro conforme á los principios verdaderamente científicos del método y de la crítica.

En cinco capítulos, todos igualmente interesantes, el autor analiza sucesivamente el epistolario de los delincuentes precoces, de los amantes delictuosos, de los difamadores y calumniadores, de los ladrones y fraudulentos, y, finalmente, de los criminales violentos.

Recorriéndolos, se llega á la convicción de que en ellos se retratan, como en una placa sensible del daguerreotipo, los rasgos principales que caracterizan á cada grupo de delincuentes. Esa documentación ilumina, de una manera precisa y uniforme, al respecto de las condiciones psíquicas

especiales del que delinque. El epistolario reproduce el carácter de sus autores, sobre todo cuando los documentos han sido escritos para la intimidad, y, más aún, para el secreto, hecho que no se produce con tanta evidencia cuando se redactan documentos destinados á la publicidad ó trabajos que responden á propósitos literarios. Cuando se escribe con la plena confianza de que la carta no se hará pública, pues el que la recibirá está tan interesado en ocultarla ó destruirla como el que la envía, ella es un fiel reflejo de los sentimientos y de las ideas de su autor; traiciona los más íntimos secretos psicológicos y afectivos del individuo.

Y, por ésto, la importancia psicológica del documento criminal es indiscutible. La ciencia criminal no puede ni debe descuidarlo, relegándolo á la categoría de los elementos incidentales en la determinación de las condiciones psíquicas del delincuente. Ferriani recuerda á este respecto que Víctor Hugo decía que con los pequeños sucesos se reconstruye la historia de un pueblo, y que con las cartas privadas de un gran hombre se ilumina no solamente su vida íntima, si no también las relaciones entre su vida y el período histórico en que actuó. Y agrega el autor que si es rigurosamente lógico que debe estudiarse primero el delincuente y luego el delito por él cometido, nada debe descuidarse de cuanto puede servir para la determinación de su silueta moral aun en sus más mínimas esfumaduras; ni hay, como creen los miopes, elementos despreciables, detalles superfluos, pues el ojo acostumbrado á la investigación todo lo recoge, todo lo suma, escruta, y las minuciosidades, las particularidades, reunidos en haz, emanan una luz reveladora y son una guía segura — con el subsidio de la antropología criminal y de las ciencias afines — para establecer la individualidad de aquel ladrón, por qué robó, si volverá á robar, cuáles instintos delictuosos gobiernan su psiquis, cuáles remedios podrá sugerir la «ciencia de la prevención» para que otros hombres, como él, no resbalen sobre el sendero de la delincuencia ó, una vez caídos, no tengan que peligrar otra vez.

Entre los epistolarios estudiados por Ferriani uno de los más interesantes es, sin duda, el de los amantes delictuosos. Sabido es que la pasión amorosa hace á los individuos sumamente partidarios de traducir en cartas sus sentimientos; cartas que con el andar del tiempo se traducen en pruebas acusadoras y no siempre agradables. El autor recuerda que Mantegazza ya constató ese hecho, hablando de las cartas amorosas en uno de sus libros geniales, de donde aquel famoso y lógico consejo: «un beso más y diez cartas menos.» En los delincuentes del amor esta tendencia gráfomana está igualmente acentuada. Y en el capítulo que les corresponde, la corrupción de menores, los amores seniles, las perversiones del instinto genésico, los refinamientos de la lujuria sexual, las amenazas de revelaciones, la intervención de los *alphonses*, el amor adúltero, el alcahetismo en todas sus fases, desfilan ante los ojos del lector, que en cada uno de los documentos encuentra fotografiadas las anomalías del sentimiento, de la idea y de la sensación, de que son víctimas sus autores.

En el epistolario de los difamadores y calumniadores el anónimo juega un rol de gran importancia. La mujer da el mayor contingente á este género de delincuencia, pues, y ya Ferrero y Lombroso la estudiaron bien bajo esta faz, en la mujer delincuente suelen predominar los medios astutos, fraudulentos y cobardes sobre los medios violentos y brutales que caracterizan los estratos inferiores de la criminalidad masculina. Entre los muchos casos estudiados, uno de los más interesantes es el de una joven histérica que se manda á sí misma cartas anónimas injuriosas y amenazadoras, y, en completo estado de autosugestión, informa del hecho á la policía, que durante muchos meses se preocupa grandemente del asunto, hasta que llega á descubrir que la autora de los anónimos era la misma que los recibía. Estos casos de autopersecución por el anónimo no son raros; ya Binet, Charcot, Kraft-Ebing, y otros, los han analizado con ingenioso tacto científico, demostrando cuál es el puesto que deben ocupar en la psiquiatría.

El estudio comparativo de los capítulos cuarto y quinto, que tratan respectivamente del epistolario de los ladrones y fraudulentos y del de los criminales violentos, pone en evidencia la diversidad de la morbosidad psicológica entre unos y otros delincuentes.

Los primeros escriben mucho, los segundos muy poco; en los unos suelen encontrarse documentos bien escritos, con cierto ingenio, y á veces hasta con verdadero refinamiento intelectual, revelado en la astucia suprema empleada para alcanzar el éxito en el delito; en los otros la carta es lacónica, grosera, á veces traiciona la vanidad criminal y, en ciertos casos, llega á asumir la forma de «alegría cruel» en aquellos individuos en quienes la morbosidad criminal se implanta sobre un substratum de buen humor combinado con funnistería. El siguiente documento, que puede reproducirse por ser tan breve como característico, es del jefe de una partida de bandoleros que ha capturado á un joven de rica familia y que lo envía al padre de la víctima: «No hay que pensar tanto, si quiere que su hijo se salve. Mandar en seguida cinco mil francos; si esta noche faltan, se hará una buena comilona: con los sesos de su hijo una rica fritada, con las nalgas un buen asadito con ajo, y viva la alegría.»

Rica de semejantes documentos, la obra de Lino Ferriani constituye una contribución de grandísima importancia á la integración de la psicología criminal. Esos seiscientos chichés de la mente criminal, cuyo estudio psicológico ha realizado el autor con talento y preparación indiscutibles, señalan un sendero por el cual debe encaminarse quien quiera profundizar la psicología del delincuente, aun llena de misterios para la ciencia. Muy útiles serán las conclusiones de nuevos estudios.

Este libro de Ferriani — á pesar de sus deficiencias de método ya apuntadas — pueden leerlo con provecho todos los que estudian ó se interesan por el desenvolvimiento de las modernas tendencias científicas de la sociología criminal.

JOSÉ INGEGNIEROS.

## Guía del Estudiante

(Continuación)

### CAP. III. - Los datos de la Estadística Criminal.

La observación es la base de la ciencia experimental, y por consiguiente, la estadística que es complejidad de muchas observaciones, es una de las armas más útiles, "es la primera condición para obtener buen éxito en la lucha contra los ejércitos de la delincuencia, desempeñando el mismo papel que en la guerra el servicio de exploración" (Krohne).

Sobre la importancia de la estadística criminal, la escuela positiva cuenta hoy con un ejército de autorizados escritores.

Pero la infinidad de las causas que concurren a modificar y alterar la correlación de los datos estadísticos con la verdad, es tal, que la estadística debe entenderse como un arma positiva muy precaria si no se hace de ella un uso relativo y severo. Por esta razón, las críticas de Oettingen « *Moral statistick* » tienen un fondo de verdad, pero no como para que deba negarse toda fe a la estadística, y así no debe acordárseles ni crédito excesivo, ni absoluto escepticismo.

La estadística es verdadera hasta la prueba en contrario, cuando sus datos están en relación a las leyes ya admitidas y probadas, por cuya razón son aventuradas las aplicaciones a la moral en cuanto esta resulta de una complejidad de sentimientos que escapan a las leyes y a los códigos y, por consiguiente, a la estadística criminal.

Los datos recojidos en la criminalidad no son sociológicamente más que la leyenda de la investigación de las causas *mas generales y evidentes* de ella, y biológicamente el medio para estudiar la participación proporcional de la edad, del sexo, etc. Esta segunda aplicación, más que todo descriptiva, es muy cultivada, y la primera que se refiere a las causas generales, está todavía descuidada, apesar de que ella podría reportar mayores enseñanzas al legislador quien, partiendo de la base de que la delincuencia procede de causas naturales, debe encontrar igualmente en la naturaleza las fuerzas que se le deben oponer.

\*\*\*

Desde su nacimiento, la estadística criminal suscitó el problema de la relación entre civilización, delincuencia y locura.

Las respuestas fueron muchas, pero con respecto al concepto de civilización en sentido evolutivo, tenemos que cada período histórico tiene su delincuencia, por el principio de transformación que domina en todo.

Se puede afirmar, además, que existe una continua y creciente mitigación del delito, tendiendo la civilización a despojar al hombre de todos los instintos salvajes originarios; a crear fines elevados a la actividad humana y mayores obstáculos morales y materiales a los instintos bajos, y

enfin a favorecer la permanencia de los mejores solamente, con la represión y segregación de los peores.

La interpretación de los datos estadísticos con respecto a la tendencia criminal, debe hacerse bajo el punto de vista de las nuevas relaciones sociales.

Así Lucas (1828) Jellinck y Messedaglia concuerdan en reconocer que la civilización proporciona muchos y mayores incentivos para delinquir, como lo es, por ejemplo el mayor número de cosas deseables que la ciencia ha creado y crea.

De modo pues, que para avaluar bien los datos estadísticos, es necesario relacionarlos no solo con las mutaciones de legislación, con el aumento de población y del número de los agentes de policía, sino también con la riqueza y con los cambios pero siempre con criterio de relatividad. Por ejemplo: Poletti, aplicando exclusivamente el criterio del desenvolvimiento económico, dice que de los estudios de Ferri sobre la criminalidad en Francia de 1826 a 1898, se deduce que el aumento de ella en proporción de 100 a 254 es relativo al aumento contemporáneo en la importación, de 100 a 700, y en el presupuesto del Estado, de 100 a 300; y por consiguiente, teniendo presente tal desarrollo de la actividad social, podemos deducir que la criminalidad en dicho período estuvo sujeta a una *disminución positiva*, mas bien que a un aumento, sancionando el concepto de que el progreso económico señala también otros progresos en la delincuencia.

Tales aplicaciones científicamente optimistas de los criterios premencionados, son arbitrarias y exajeradas, desde que el número de los delitos se limita en primer lugar, a los denunciados y juzgados, siendo siempre unilateral la deducción; y en segundo lugar, de la criminalidad no se conoce más que las manifestaciones aparentes, sin que pueda ni siquiera suponerse por vía de hipótesis el coeficiente de la delincuencia desconocida.

Los cómputos numéricos en relación a un determinado número de habitantes, desmienten más aún tal optimismo condenado también por la ley biosociológica del mayor valor de los datos que varían poco.

\*\*\*

Afirmado el concepto de que mientras mayores sean las causas determinantes de la delincuencia, es mayor la necesidad de clasificarlas, y después de las tentativas de Lombroso y de Morselli, Ferri la dividió en tres:

1º FACTORES ANTROPOLÓGICOS ó individuales, primer coeficiente del delito, que a su vez se subdividen en tres clases: A. *constitución orgánica del delincuente* (anomalías, craneo, cerebro, vísceras, sensibilidad, etc.) B. *constitución psíquica* (anomalías de la inteligencia, sentimientos, etc.) C. *caracteres personales* (raza, edad, sexo, profesiones, condiciones, etc.).

2º FACTORES FÍSICOS ó causas del ambiente físico (clima, suelo, vientos, estaciones, etc.)

3º FACTORES SOCIALES (densidad de la población, opinión pública, costumbres, religión, creencias, riqueza, alcoholismo, familia, etc.).

Estos factores actúan acumulativamente en el génesis del delito, desmintiendo el *fiat* de los clásicos y el unilateralismo de los eclécticos, pero no todos obran con la misma fuerza, y es á su diversa intensidad que obedece la clasificación de los delinquentes.

Entre estos distintos factores, tenemos que los sociales son los mas mutables, debiéndose á ellos por tanto, la oscilación de la criminalidad, tanto más cuanto que muchos de los factores personales dependen de las condiciones sociales — protección de la infancia, remedios preventivos, segregación de los sujetos peligrosos, etc. — Además, á los factores sociales se deben los delitos pasionales y habituales que son la mayoría.

Los factores sociales, primera causa de la delincuencia, son por otra parte, los más fáciles de modificarse, y en esto está la mejor prueba de la base científicamente positiva de la nueva escuela.

De los estudios estadísticos sobre los países europeos, Ferri deduce la disminución de la delincuencia mayor y el incremento de la menor — Francia, Bélgica, Inglaterra.

En la delincuencia mayor, aquella contra la propiedad disminuye, y aquella contra las personas oscila segun los diversos países.

En Italia, por ejemplo el aumento es sensible, sin que valga á desmentirlo la tregua de 1881, 82 y 83, puesto que el aumento fué en un veintenio de 57 %.

Debe observarse, además, que la disminución de los delitos contra la propiedad es debida á mutaciones en la competencia procesal. El aumento de la pequeña criminalidad es debido al aumento de las sanciones de parte de los legisladores, especialmente para Inglaterra, sobre la embriaguez.

Las causas generales de tales aumentos son, ante todo, el incremento de la población, teniendo en cuenta que desde 1860 á 1881, las poblaciones de Europa han crecido en la siguiente proporción:

Italia 14 % - Francia 18 % - Bélgica 35 % - Inglaterra 62 % - Prusia 27 %.

Existen otras causas de la delincuencia de carácter económico-político-social, como las carestías, revoluciones, aumentos de la policía, etc.

Este aumento de la criminalidad relacionado así con las causas variables, da el concepto de la "*Saturación Criminal*" ó capacidad criminal de cada ambiente, imposible de preveer por no conocerse aún muchas leyes físicas y psíquicas.

Algunas veces se nota una supersaturación determinada por la delincuencia refleja, ó sea consecuencia de la normal; así, por ejemplo: un aumento de delitos mayores, trae consigo otros delitos, como la rebelión, el ultraje á los funcionarios públicos (atentados ó desacatos contra la autoridad), favoritismos etc.

La *tabla gráfica* de la delincuencia de cada país, confirma esta correlación entre condiciones y fenómenos sociales y la delincuencia (1).

Dos son las consecuencias de la *ley de saturación criminal*, la primera, menos exacta, sobre la

regularidad de la delincuencia, concepto exagerado hasta creerse en una constancia cuantitativa (Quelelet). Aberdare, Mair y Messedoglia la combatieron admitiendo una regularidad dinámica pero nó estática, puesto que en este caso tendríamos aquel *fatalismo* que el determinismo condena; la segunda consecuencia de oportunidad, es la prueba de la insuficiencia é inutilidad de las penas como remedio contra el delito; la historia de todos los tiempos está ahí para probar que el recrudecimiento de las leyes produjo efectos opuestos (Leyes romanas contra el adulterio, contra la majia, etc.

En cuanto á la represión de los delitos, es necesario sin embargo distinguir la que depende del carácter general de la legislación penal, de la que se concreta á la aplicación de la ley misma por medio de los órganos judiciales.

Con respecto á la primera, la lenidad se ha infiltrado por la necesidad de vencer la inclinación de los jueces á aplicar penas graves y, por lo tanto, la cuestión se reduce á la represión judicial que es la única sensible al mundo criminal que ignora la primera simple amenaza.

Ahora bien, dos son los elementos que dan la mayor ó menor severidad de las represiones judiciales: absolución y proporción entre las penas graves y el número de los condenados. Y bien, la estadística nos señala un aumento de severidad, dada la sensible disminución de los absueltos (de tal modo que en Francia, por ejemplo, da una media de 32 % en el período de 1827 á 1830 que baja á 6 % en el de 1877 á 1881) lo que confirma el gran aumento de la criminalidad general; En cuanto al segundo criterio, la estadística, si no nos consuela con el número de las penas extremas, confirma la crecida severidad con las penas inmediatamente sucesivas (trabajos forzados). A mayor abundamiento, queda aún la prueba del hecho de que á la disminución de los absueltos, responde un recrudecimiento proporcional de las penas, y que estas subsisten, no obstante el aumento de las atenuantes. De todo esto se deduce la falta de influencia de las penas en la criminalidad y, por consiguiente, el deber de buscar en las causas de ella los remedios conducentes.

\*\*\*

Tan escasa, por no decir negativa eficacia de la pena, tiene su explicación en la multiplicidad de los factores criminales, diversos entre sí, por índole y sustancia, y por lo mismo, inadaptables á un remedio único.

Añádase á esto la heterogeneidad del ambiente social dividido en clases distintas por los caracteres orgánicos y psíquicos, por ideas, tendencias, etc, que reproducen el paso de lo homogéneo á lo heterogéneo (Spencer).

Para la delincuencia, pues, se hacen necesarias las divisiones, como en la escuela y en el cuartel, y así pueden distinguirse tres clases: 1. *Honestidad* orgánica, para la cual es inútil el código; 2. refractarismo al sentimiento de la honradéz, por herencia, ó por vicio congénito ó adquirido, siempre en lucha por la vida; 3. incertidumbre entre vicio y virtud para la cual sirve el código pero siempre

1) Ferri: "Studi sulla Criminalità in Francia"

relativamente, desde que la amenaza no ha bastado, haciéndose necesaria la aplicación de la pena (Bentham).

La escuela positiva proclamando la ineficacia de la pena en sí, no está de acuerdo, por esto, con los que invocan la lenidad de las penas, desde que aún estos creen en ellas; la escuela positiva, por el contrario proclama la necesidad de adoptar los remedios á los diversos factores del delito y por lo tanto, sostiene con Prino que: "á males sociales corresponden remedios sociales", siendo aquellos los más susceptibles de modificaciones y por consiguiente eficaces.

En esto consiste la gran diferencia entre las dos tendencias. La escuela clásica surgida como reacción á la edad media, cree en la represión y solo rara y accidentalmente indica la prevención; lo cual procede del génesis mismo del derecho punitivo (concepto de venganza), y de ahí el error de perspectiva psicológica, olvidándose la diversidad de sentimientos etc, de las distintas clases sociales, desde que los honestos, son tales por conciencia y no por el código, mientras que algunos delincuentes aman las cárceles! Además de esto, la escuela clásica confunde la represión enérgica é inmediata, con la represión lenta de los códigos, por más que aquella haya sido á su vez, relativamente eficaz en cuanto limitada en el tiempo. Bien es cierto que la vida humana, como la animal, se desarrolla entre dos polos: *el placer* y *el dolor*, pero si esto autoriza la pena, no desmiente su escasa ineficacia, desde que si la naturaleza enseña que violando sus leyes se consigue un castigo determinado, la ley penal deja siempre lugar á la fácil y justificada esperanza de rehuirla (no ser descubierto, insuficiencia de pruebas, defensa hábil, intrigas. etc).

Por otra parte es notoria la imprevisión que acerca los delincuentes á los salvajes, y la necesidad que impulsa á los obreros á los trabajos peligrosos, al macho, hácia los brazos de las prostitutas, á algunos habitantes de Bilbao á provocar la diarrea, para finjirse enfermos de cólera y obtener así socorros, etc.

#### *Los substitutivos penales*

La experiencia enseña que las pasiones humanas deben combatirse no de frente, sino indirectamente en las causas que las generan, así contra la criminalidad, la pena no es el mejor remedio curativo y por consiguiente se le debe sustituir por otros remedios, del mismo modo que á la falta de un producto principal se provee con productos *sucedaneos*.

De ahí el concepto de los *sustitutivos penales*, con la diferencia de que estos son medios principales y no secundarios, siendo tal la pena como elemento cooperativo.

Una legislación preventiva que se informe en tales conclusiones y necesidades, debe pues hacer de modo que las disposiciones legislativas, políticas, económicas etc, converjan al solo fin de dar á la actividad humana una dirección única, y esto por vías indirectas, concediendo libre desahogo á las energías y necesidades individuales, chocando lo

menos posible y evitando las tentaciones y ocasiones del delito. Examinando los principales terrenos en que puede desenvolverse tal acción preventiva, tenemos:

I. ORDEN ECONÓMICO. El *libre cambio* que aleja las carestías y los monopolios que á su vez fomentan los delitos contra la propiedad; la *libertad de emigración*, válvula de seguridad contra la delincuencia habitual; *rebaja de las tarifas aduaneras* que mina el contrabando puesto que este tiene en ellas la mayor fuente de incitaciones y ocasiones (A. Smith); *sistema tributario* basado en la potencialidad económica; *igualdad en los impuestos* y *abolición de las cuotas mínimas* que obviarán las expropiaciones y la miseria agrícola; *incremento de los trabajos públicos* en el invierno; *restricciones en la fabricación y expendio del alcohol*, por las múltiples y graves consecuencias degenerativas y criminales debidas al alcoholismo. Este mal se debe combatir con el mejoramiento de las condiciones generales del proletariado para el cual se verificará lo que sucedió con la clase media que en la edad media estaba minada por el alcoholismo en proporción constante con el malestar económico. (La Australia ha dado espléndida prueba de esa verdad desde la adopción de la jornada de ocho horas contra la cual solo protestaron los interesados); contra las falsificaciones será eficaz la *adopción de la moneda metálica*, y las *buenas instituciones de crédito* vencerán á la usura; *salarios proporcionales* á las necesidades vitales del obrero; *horario limitado* que evitará los agotamientos con sus consiguientes delitos (ferro-carriles etc); *medios fáciles de comunicación* que dificulten las asociaciones de malhechores (Lombroso y Despine); *casas y calles espaciosas, iluminación nocturna, supresión de las habitaciones aisladas* que excluyen muchas ocasiones de delinquir; *limitación del trabajo de los niños y de las mujeres*; *casas de socorro* para las enfermedades más comunes de la vejez, para los infortunios etc, etc.

II. ORDEN POLÍTICO: Con *gobiernos liberales* y *absoluta libertad de opiniones* se evitarán los delitos políticos, desde el reicidio hasta la corrupción y el fraude electorales (Irlanda, Rusia, etc).

III. ORDEN CIENTÍFICO: *Periódicos, fotografía de los delincuentes, telegramos, ferro-carriles*, generalización de los *principios de medicina*, etc, crearan á la delincuencia infinitos obstáculos, haciendo más difícil la preparación y reparable el acto criminoso (envenenamiento, etc.)

IV. ORDEN LEGISLATIVO Y ADMINISTRATIVO: Con la *mejor distribución de las sucesiones*, la *mayor libertad de los hijos* para el matrimonio, con el derecho de los naturales y de la mujer engañada, se obtendrá una disminución de los delitos respectivos. Una simple legislación evitará los fraudes, é inspirando fé, no favorecerá las prepotencias, La *responsabilidad civil y administrativa* bien entendida, dificultará los delitos bancarios, y una determinada severidad en las leyes comerciales no instigará los fáciles apetitos. La *libre discusión de las responsabilidades*, la *acusación pública* vencerán los favoritismos, y así en lo demás

V. ORDEN RELIGIOSO: *La abolición de los privilegios* de determinadas creencias, la *supresión del cúmulo de riquezas* en las iglesias, y de las peregrinaciones, el *matrimonio de los sacerdotes*, obviarían otras tantas causas de delincuencia.

VI. ORDEN FAMILIAR: El *divorcio* evitará numerosos delitos de bigamia y adulterio, siempre en aumento como lo denuncia la estadística (La Relación Viela sobre el proyecto de divorcio en Italia, fijaba en 46 los homicidios y tentativas entre cónyuges). — *La precedencia del matrimonio civil* impedirá la bigamia. La *disciplina de la prostitución*, cortará igualmente los abusos criminosos.

VII. ORDEN EDUCATIVO: La instrucción provee también de nuevas armas á la delincuencia, pero esto es porque le falta el guía moral. El *mejoramiento de los maestros*, la *abolición de las casas de juego*, de las representaciones feroces é inmorales; los *baños públicos*, los *teatros populares*; *proveer á la infancia abandonada*, son medios todos ellos, capaces de fecundas consecuencias contra la delincuencia.

—

De la simple enumeración precedente resulta la dependencia de dichas causas de los delitos más comunes, y, por consiguiente, la sinrazón de estos si aquellas son removidas.

Es indudable que la legislación preventiva no debe formar parte del código, sinó de las reformas sociales propiamente dichas, desde que aquel representa la cirugía, y estas la higiene pura.

En esto está precisamente la diferencia de las dos escuelas criminales, por más que los grandes de la tendencia clásica reconocieran ya la influencia de muchas de las causas denunciadas (formas de gobierno, climas, religiones, suelo, etc).

BRUNO

## Revista de las Revistas

*La organización penal de la China*, de Ou-Tsong Lien (Escuela Positiva, Fiesole).

A la cabeza de las veinte provincias (divididas en departamentos circunscripciones, cantones y distritos) que componen el Celeste Imperio, existen Gobernadores ó Virreyes de los cuales dependen no menos de dos ó trescientos Prefectos y cinco ó diez Sub-Gobernadores. La característica es la fusión en los mismos individuos de la función judicial y administrativa y de oficiales de policía. No hay instrucción de procesos, sinó en los casos de complot ó bandas de malhechores, para evitar golpes de mano de los cómplices. El procedimiento es público. La sentencia es ejecutiva solo cuando el proceso llega hasta Pekin, pasando por manos de todos los superiores gerárquicos ante cada uno de los cuales, el condenado puede protestar sucesivamente contra lo juzgado. Hay también en Pekin una administración central de censores que acojen el reclamo y contra cuyo dictamen hay recurso para ante el Emperador que puede, á su vez, ordenar una

investigación. Si se comete algún error, todos los funcionarios que han intervenido en el asunto, son castigados y degradados, pero lo más curioso es que los funcionarios responden con los autores en los delitos que se perpetran en sus jurisdicciones, como si fuesen cómplices en ellos!!

De ahí que cada funcionario, al tomar posesión de su cargo, dicta prescripciones de severidad escepcional, haciendo efectivas todas las responsabilidades indirectas (padres, maestros, vecinos, etc. que son castigados con el delincuente).

Tales edictos draconianos son repetidos por el pregonero, cada quince días. Los delitos son, pues, pocos, pero las penas son grandes y al funcionario no le queda más que maldecir la suerte.

El desempeño de los funcionarios es difícil, remunerados como están por ascensos y honores de que participan los parientes, á fin de provocar así los consejos y la vigilancia sobre los prefectos y sub-prefectos.

La absoluta prohibición del uso de toda arma hace difíciles los delitos, mientras la clemencia del Emperador mitiga las penas durante la ejecución.

La estadística del Tribunal de Pekin demuestra el buen fruto de semejante organización, no llegando á una docena el número de los condenados á muerte.

Esta pena es aplicada á los asesinos, bandidos, traidores políticos, sin atenuantes.

La ejecución es pública y se hace por medio de la espada. La detención es para los ladrones, estafadores, vagos y fallidos. La reclusión se reserva para los no condenados á muerte por concurrencia de atenuantes.

El exilio es común á los funcionarios (que van al río Amon) y á los *souteneurs*, ladrones reincidentes, falsificadores de moneda, etc. A los primeros se les concede cada dos ó tres años la gracia soberana; para los segundos la duración es indeterminada.

La interdicción del domicilio, especial á los colaboradores de la autoridad local. La multa no existe como pena, pero es infligida como tal á los negociantes defraudadores y á los ricos adúlteros.

Existen, en fin, las penas del bambú y del junco, dedicada la primera á los exatores morosos; la dosis es de diez á doscientos golpes: sitio de aplicación, el muslo. El junco es para los rateros, pequeños estafadores y análogos. La aplicación puede durar desde una semana, hasta tres meses y se hace en público todos los días. El mismo tratamiento sufren también los propietarios de casas infames.

Los códigos chinos fueron promulgados hace dos siglos, y en 1872 sufrieron una revisión bajo Toungh-Tsé, habiendo sido recopilados en 24 volúmenes que solo contienen 436 artículos.

La dificultad y pluralidad de la materia jurídica, hacen casi imposible á los funcionarios investidos ya de numerosas prácticas administrativas, desempeñarse solos, y de ahí la pléyade de leguleyos más ó menos estudiosos que asesoran en esta parte á los prefectos y sub-prefectos.

*El Emperador de Rusia y la Conferencia*, de Pascual Fiori (Nueva Antología — Roma).

Apesar de que Fiori no solo está convencido de que la conferencia llamada «del desarme» no tendrá efecto alguno en tal sentido, sinó también de que no podrá llegar el fin de la violencia legalizada, aunque no legal, — nota y saluda los benéficos efectos que producirá la iniciativa del Czar.

El autor prescinde completamente del sentimiento más ó menos humanitario ó utilitario que pueda haber inspirado al joven Emperador la circular del 14 de Agosto, pero considerando el hecho objetivamente en relación con sus causas determinantes y con el ambiente y momento histórico en que se verifica, hace resaltar su alto significado como resultancia positiva de las cosas y de los hechos, y se pronuncia sobre las ventajas que podremos llamar científicas, rehusando, por otra parte, de las ilusiones humanitarias de los N. T. Stead, los gritos de alarma de los guerreadores, y las desconfianzas de los que ven en el acto una invitación á una lucha mundial de la burguesía imperante contra el proletariado avanzado.

Después de examinar las dos circulares 14 de Agosto, y 24 de Enero últimos, la segunda de las cuales explica la primera, Fiori deduce que no era intención del Czar mismo proponer el desarme verdadero y propio; hace notar, después, como la proposición, confesando que la causa prima y universal de la miseria de todos los pueblos es el militarismo, se hace el eco más solemne de las aspiraciones sociales desarrolladas en la conciencia de los pueblos civilizados, de poner un freno á su predominio.

Es, en una palabra, la confesión oficial de lo que se llama cuestión social; la justificación más elocuente de los derechos de las masas y el grito de alarma de las clases dirigentes ante el espectro de la revolución que amenaza; es, en fin, la acusación del militarismo que sinó destruido, debe por lo menos ser detenido en su marcha absorbente y perjudicial.

La constatación es grave y elocuente; no podía menos que ser confirmada por el consenso de los representantes de todas las naciones civilizadas, será un golpe fatal para el militarismo.

Faltando leyes internacionales que disciplinen los conflictos entre Estados y Estados, y faltando más aún el órgano ejecutivo de las posibles decisiones internacionales, no es posible suponer que la conferencia los cree de golpe, conjuntamente con la conciencia universal de su necesidad y legalidad que es la mayor fuerza del derecho; pero apesar de esto, él está seguro de que la Conferencia será una confirmación de aquel otro concepto humano y universal, fruto de las revoluciones del derecho y entrevisto ya en la Convención de Ginebra, esto es, será el primer paso á la futura legislación internacional que tomará forma en el Arbitraje, y en el desenvolvimiento y unificación de los intereses, la base conciente del principio legislativo, y la fuerza coercitiva moral.

## Á LA PRENSA

A nuestros compañeros del periodismo político, y á las revistas hermanas, que crean útil para el desarrollo de la cultura del país la árdua y fatigosa tarea que nos hemos impuesto de difundir las nociones positivas y modernas de antropología y sociología criminal y demás ciencias afines, hacemos un llamado, pidiéndoles quieran ocuparse (aun cuando más no sea que para combatir nuestra tendencia científica) de esta Revista, que como se comprende, representa sacrificios de toda clase.

Los más serios y autorizados diarios de la capital y de las provincias nos aplaudieron sin reserva y con benignidad, más allá de nuestros méritos. Pero lo que necesita una revista de la índole de la nuestra, es el interés constante que los inteligentes colegas del periodismo deben saber despertar en el público hacia los estudios de que CRIMINALOGÍA MODERNA es una bandera y que son una verdadera necesidad intelectual en nuestro país.

Por esta razón y por una economía que traduciremos en continuas mejoras de la Revista, no mantendremos el cange sino con los periódicos que tengan la amabilidad de publicar el sumario de cada nueva entrega, ó que á lo menos den una noticia cada vez que la revista aparezca.

Y esto no por complacencia vulgar, sino para persuadir á los escépticos, á los que dudan que CRIMINALOGÍA MODERNA sobrevive cada día más fuerte y más exuberante.

*La Dirección*

## CUADROS DEMOSTRATIVOS

del movimiento carcelario y de la delincuencia, en el Municipio de la Capital, durante el mes de Marzo de 1899.

### MOVIMIENTO DE CÁRCELES.

MOVIMIENTO	CÁRCEL PENITENCIARIA				CÁRCEL CORRECCIONAL DE MUJERES Y MENORES				CASA DE CORRECCIÓN DE MENORES VARONES DE LA CAPITAL			
	Menores	Condenados	Encausados	Total	Condenadas	Encausadas	Menores enviados por la defensoría	Total	Condenados	Encausados	Menores enviados por la defensoría	Total
Existencia el 28 de Febrero 1899 .	—	597	791	1388	20	40	214	274	17	103	177	297
Entrados . . . . .	—	23	429	452	7	30	63	100	24	40	—	64
Totales . . . . .	—	620	1220	1840	27	70	277	374	41	143	177	361
Salidos . . . . .	—	16	408	424	1	29	70	100	27	51	3	81
Existencia el 28 de Febrero 1899 .	—	604	812	1416	26	41	207	274	14	92	174	280

### ESTADÍSTICA POLICIAL.

#### Delitos

NATURALEZA	Número de delitos
Contra las personas . . . . .	241
Contra la propiedad . . . . .	292
Contra la honestidad . . . . .	—
Contra las garantías individuales y el orden público . . . . .	52
Total . . . . .	585

#### Contravenciones

CAUSAS	INDIVIDUOS ENTRADOS	
	En el De- part'to	En las Comisarias
Ebriedad. . . . .	1845	130
Desorden . . . . .	480	167
Uso de armas y otras contra- venciones . . . . .	446	741
Totales . . . . .	2771	1038

#### Accidentes

Accidentes	Víctimas
243	243

#### Incendios

Incen- dios	Pér- didas	Valores aseg'dos
16	169321	145350

#### Suicidios y tentativas

RESULTADO	Varones	Mujeres	TOTAL
Suicidios . . . . .	13	1	14
Tentativas . . . . .	5	5	10
Totales. . . . .	18	6	24

## NOTAS

El exceso é importancia del material que adorna el presente número de CRIMINALOGÍA MODERNA, sobre cuyo caracter llamamos especialmente la atención de nuestros lectores, nos ha obligado á suspender algunos trabajos á continuarse, como también los servicios permanentes sobre jurisprudencia, crónicas, etc.

Por esta razón, dichos artículos quedan aplazados para los números próximos, no obstante el aumento de las ocho páginas de material que en este número hemos debido agregar sobre las treinta y dos de costumbre.

Respondiendo á la invitación formulada por el Sr. Agente Fiscal en lo Criminal Dr. Adolfo Cano, en el dictamen evacuado por este magistrado en el proceso seguido á Juan B. Passo sobre homicidio, nuestro

1. CESAR LOMBROSO — *La Desmaternidad en la mujer delincuente.*
2. CHARLES ALDERMAN — *Los substitutivos sociológicos de la penalidad.*
3. JAMES SETTER — *La delincuencia de color en los Estados Unidos.*
4. PEDRO GORI — *Estudios carcelarios (Continuación) Una visita á Sierra Chica. (Los Trabajos) etc. etc.*

LA REDACCIÓN.

director, Dr. Pedro Gori ha sido especialmente encargado por la Redacción para practicar un estudio antropológico sobre el procesado, quien se prestará á ello, mediante nuestras gestiones.

El interés que el caso ofrece, el hecho de partir la invitación de un magistrado de la Administración de Justicia, y la competencia especial del Dr. Gori en este ramo, son circunstancias que demuestran desde luego la importancia del trabajo que anunciamos y que verá la luz en uno de los próximos números de CRIMINALOGÍA MODERNA.

Entre los materiales que tenemos reservados para el número próximo, figuran las siguientes correspondencias y artículos especiales para nuestra publicación:

## A nuestros Agentes, Suscriptores y Lectores

### IMPORTANTE

*Las promesas de nuestra revista han sido largamente mantenidas, y no sin sacrificios especialmente por las fuertes erogaciones sostenidas á fin de mantener la valiosa colaboración de los ilustres extranjeros que nos honran con sus escritos.*

*Mas como nosotros queremos progresar continuamente aumentando en todos sentidos la importancia y el interés de esta publicación, advertimos que desde hoy la Administración será inexorable, con todos aquellos que no correspondan como deben abonando los números que ya han recibido y los que se continuen mandando.*

*"Criminalogía Moderna" ha superado ya triunfalmente su 1er. semestre de vida con progresos y mejoras continuas, y estamos seguros que si todos los suscritores cumplen con su deber, nuestra publicación mejorará continuamente.*

*De todos modos cumplidas nuestras promesas queremos ejercitar nuestros derechos y de hoy en adelante suspenderemos el envío á todo aquel que no se ponga al corriente con su suscripción.*

*A nuestros representantes y especialmente á nuestros lectores el ruego de ayudarnos en la propaganda, haciendo conocer esta publicación, y cumplir debidamente estos nuestros pedidos.*

LA ADMINISTRACIÓN.

---

## GUIA PROFESIONAL

---

### CONSULTORIO JURÍDICO

DE LOS

Dres. PEDRO GORI y EMILIO J. MARENCO

ABOGADOS

Estudio: TALCAHUANO 379

---

Asuntos comerciales, civiles y penales en la República, en Italia y demás Países de Europa y América donde el Consultorio tiene colegas correspondientes.

Se absuelven consultas verbalmente y por correspondencia en español, italiano, francés e inglés.

---

Dr. JUSTO P. ORTIZ

*Asuntos Judiciales y Administrativos*

ESTUDIO: RIVADAVIA 549

---

Dr. RICARDO del CAMPO

*Causas Criminales y Correccionales*

ESTUDIO: RIVADAVIA 549

---

Drs. MANUEL CARLÉS y

MODESTO ALVAREZ COMAS

Abogados

ESTUDIO: ALSINA 780

---

Dr. OSVALDO M. PINERO

Abogado

ESTUDIO: PIEDAD 311

---

Dr. ANTONIO ROMANACH

Abogado

ESTUDIO: SAN MARTIN 172

---

Dr. CLODOVEO MIRANDA NAON

Abogado

ESTUDIO: SAN MARTIN 172

---

Dr. MARCELINO TORINO

Abogado

CALLE CUYO N. 1707

ANDRÉS J. COSTA

Perito Calígrafo

Revisión de firmas, documentos adulterados, informes legales, etc.

ESTUDIO: RECONQUISTA 144

---

Dr. JULIAN L. AGUIRRE

Abogado

ESTUDIO: AVENIDA DE MAYO 733

---

---

*Manuel Patiño*

Administrador de

## CRIMINALOGIA MODERNA

---

Bajo la dirección de los Doctores PEDRO GORI y EMILIO J. MARENCO acepta poderes para desempeñarlos ante el Poder Judicial de la Capital Federal y de La Plata.

Talcahuano 379

---

---

## ANDRES MUGICA

Comisionista

### DE BUENOS AIRES á LA PLATA

---

Se encarga de llevar y traer cualquier encomienda ó asunto por delicado que sea; dirigirse:

en Buenos Aires:

Bolívar 15, Bazar - U. Telefónica 1437.

en La Plata:

Calle 51 -- Número 637